

PUNTO ROJO

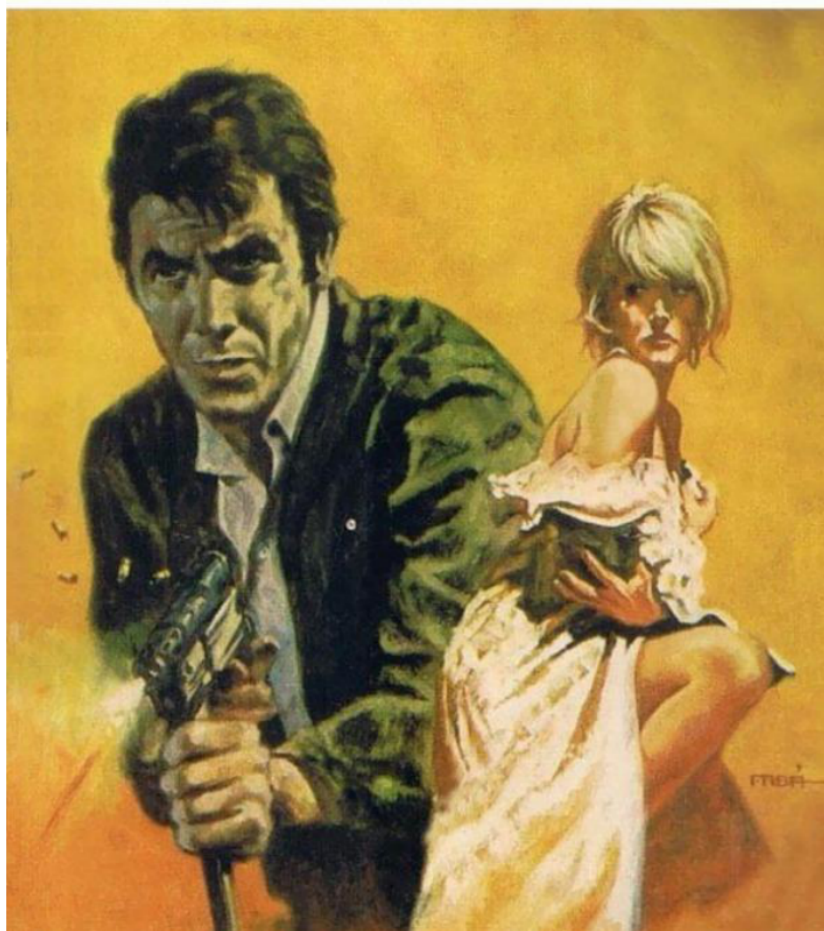
**BRU
GUE
RA**

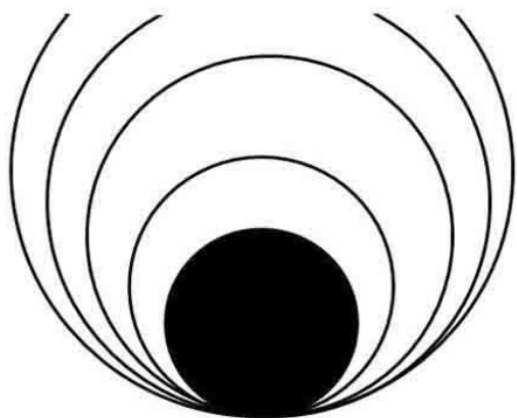
BOLSILIBROS

T POLICIACO

**SE NECESITA
UN ASESINO**

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

SE NECESITA UN ASESINO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.140
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 5.348 - 1984

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1984

1ª edición en América: setiembre, 1984

© Clark Carrados - 1984

texto

© Fabá - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1984

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.883 — Una bala, una vida.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.749 — La casa de los mil ojos

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.583 — Torrefuerte.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.133 — El as negro de la muerte

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio

CAPÍTULO PRIMERO

Sentíase muy inquieto. Desde hacía algunos días era seguido por unos desconocidos, quienes se relevaban periódicamente, a quienes no había visto jamás. En cierta ocasión, se revolvió para interrogarles por los motivos de tal seguimiento, pero el sujeto de turno se había escabullido antes de que pudiera abrir la boca.

Terence Peter Hunt, Terry en el trato íntimo, no creía haber cometido ningún crimen, a menos que se considerase como tal el lío que había tenido con la ardiente y poco escrupulosa de su jefe. Éste se había enterado del asunto, pero se había contentado con despedirle de su trabajo, aunque, eso sí, anunciándole que iba a ponerle en una lista negra que le impediría conseguir ningún empleo en la ciudad por el resto de sus días.

El hombre había cumplido su palabra y Hunt estaba ya a punto de agotar sus escasos fondos de reserva. Fue entonces cuando empezó a notar que le seguían a todas partes, unos misteriosos personajes que se sucedían de continuo a fin de no perderle de vista un instante.

Malhumorado, tanto por su situación personal, que tendía más bien al desastre, como por la persecución de que era objeto, entró en un restaurante barato, esforzándose en olvidar todo, para concentrarse en el menú que iba a elegir, de acuerdo con el escaso numerario de que disponía. Al final, se decidió por una hamburguesa y una cerveza. Así podría tirar aún unos cuantos días. Después...

Lloviznaba cuando salía del restaurante y la calle estaba poco menos que desierta. Subiéndose el cuello del impermeable, se dispuso a regresar a su apartamento. Por fortuna, podría vivir en él todavía dos meses, ya que había pagado el alquiler por un año entero y el contrato no estaba aún vencido.

De pronto, dos hombres se situaron a sus flancos y, agarrándole

por los codos, lo empujaron hacia un coche que aguardaba junto a la acera.

Antes de que pudiera emitir la menor protesta, Hunt se sintió lanzado al interior del vehículo. Una pistola se apoyó en su costado derecho.

—No hable, no rechiste siquiera, o se convierte en un cadáver aquí mismo —dijo el sujeto de la pistola.

El otro se sentó a su izquierda. Había un tercero, que conducía el coche, y lo hizo arrancar en el acto, sin necesidad de recibir la orden oportuna. Hunt, aturdido, pero más desconcertado todavía, no se sentía en situación de reflexionar.

Le pareció una pesadilla. Sin tener tiempo para coordinar sus pensamientos, se encontró en un lugar desconocido, una habitación desprovista de muebles casi por completo, con las ventanas cubiertas por espesas cortinas y sentado frente a un desconocido, cuyo rostro no podía ver, ya que estaba situado tras un potente foco, cuyo resplandor le daba de lleno en la vista.

Los dos hombres que le habían secuestrado estaban detrás de él. Tampoco había podido ver gran cosa de sus rostros, graníticos, inexpresivos. Pistoleros a sueldo de algún importante personaje del hampa, pensó.

Aquel personaje estaba frente a él, con las facciones ocultas, no sólo por la luz del foco, sino por las grandes gafas negras que cubrían sus ojos y que parecían un antifaz. El traje que vestía le pareció corriente, sin detalles reveladores, y las manos estaban enguantadas en negro.

—Señor Hunt —empezó el desconocido, tras una larga pausa, durante la cual pareció observar al invitado a la fuerza—, lo que le voy a decir le extrañará y hasta puede que le repugne, pero no tendrá otro remedio que hacerlo. Ahora bien, dada la naturaleza del hecho que debe realizar, recibirá también una importante recompensa, junto con el consejo de que, una vez haya pasado esta noche, olvidaré todo como si jamás hubiera sucedido. ¿Ha comprendido?

—No mucho, pero si termina de explicarse... —dijo Hunt, muy intrigado por aquel prólogo que no había aclarado su situación apenas.

—Enseguida lo sabrá. De momento, ahí tiene diez mil dólares.

El desconocido empujó un fajo de billetes a través de la mesa. Atónito, observó que estaba compuesto por billetes de a cien. «Cien de a cien, diez mil», pensó maquinal mente.

—No es mala recompensa —admitió—. Y, ¿qué desea que haga a cambio de ese dinero?

—Matar a un hombre, señor Hunt.

Sobrevino una pausa de silencio. Hunt abrió la boca estúpidamente, pero no consiguió emitir ningún sonido. Aún no había cumplido los treinta años y se preguntó qué trágica pirueta del destino le había elegido para convertirse en el hombre que cortase el hilo de la vida de un semejante.

—Ha dicho... —carraspeó al cabo de unos instantes.

—Matar a un hombre —repitió el desconocido fríamente—. Por eso le pagamos diez mil dólares y porque, además, nadie le conoce a usted como relacionado con el difunto.

—Si dice difunto, es que ya está muerto.

—Se le puede considerar difunto, porque no pasará de esta noche.

Por un momento, Hunt se dijo que alguien quería gastarle una broma pesada, pero muy pronto llegó a la convicción de que todo lo que se decía allí era absolutamente cierto. A fin de evitarse problemas, al menos por el momento, decidió seguir la corriente a aquel sujeto.

—Oh, si, claro... Creo que tiene razón, señor...

—Mi nombre no le importa en absoluto, Hunt —replicó el otro—. En resumen, lo que tiene que hacer es lo siguiente: Ahora, al salir de aquí, estos dos muchachos le acompañarán hasta la casa del hombre a quien debe matar. Todo está preparado para que pueda entrar y salir sin dificultades, ¿entendido?

—Magnífico. ¿Y después?

—Una vez haya cumplido su cometido, regresará al coche que le va a conducir hasta su destino y en él podrá volver a su casa tranquilamente. Nadie, repito, le relacionará con el muerto. El coche será para usted; ya tiene la documentación a su nombre, de modo que le evitamos esos trámites enojosos. Con diez mil dólares, supongo, podrá rehacer su vida satisfactoriamente.

—Sin duda alguna —convino el joven—. Pero ¿me permite hacerle algunas preguntas aclaratorias? O quizá baste con una sola.

—Adelante, pregunte sin miedo.

—Gracias. ¿Qué pasaría ahora si yo me negase a aceptar su proposición?

A Hunt le pareció que el desconocido sonreía burlonamente, aunque no hubiera podido asegurarlo.

—Voy a decírselo enseguida, señor Hunt. Hace algún tiempo, usted fue despedido de *Throgmorton Enterprises*, por cierto lío que tuvo con la esposa del propietario. Puede decirse, sin temor a errar, que fue usted el seducido por la infiel señora Throgmorton, cuya conducta conyugal deja mucho que desear, pero eso no altera la cuestión sustancialmente, me parece.

—Oh, sí, claro, el orden de los factores no altera el producto —dijo el joven sarcásticamente.

—Exacto. Pero eso no es todo. Alguien ha estafado al señor Throgmorton la nada desdeñable suma de trescientos mil dólares y nosotros tenemos las pruebas. ¿Quiere verlas?

Hunt se puso rígido.

—Yo no le robé a ese buitre un solo centavo...

El desconocido empujó unos papeles a través de la mesa.

—Estos documentos dicen todo lo contrario —habló, impasible—. Admitiré que son falsificados, pero nadie podría probarlo y Throgmorton, créame, haría lo imposible para enviarle a la cárcel durante una docena de años. Ahora, es usted quien debe elegir entre pasarse doce años a la sombra o quedar libre, con diez mil dólares en el bolsillo y un coche.

De nuevo se produjo otra pausa.

La mente de Hunt era un puro torbellino de mil pensamientos contradictorios. No sabía qué hacer, si echarse a reír, enviar al diablo al sujeto que le proponía una acción tan sanguinaria o lanzarse sobre él y golpearle hasta...

Pero se sentía impotente. Eran tres contra uno y no ganaría, aparte de que le matarían allí mismo sin el menor remordimiento. Ya buscarían luego otro de carácter más acomodaticio, se dijo.

«Lo mejor que puedo hacer es seguirles la corriente», decidió al fin.

—Está bien —dijo, tras un largo intervalo, durante el cual nadie le apremió para que diera una respuesta—. Al menos, ¿puedo conocer el nombre de... del difunto? —Por supuesto. Se llama

Struthers P. Parrington.

El coche se detuvo frente a la mansión, débilmente iluminada la entrada principal por un solo farol. La casa estaba situada en lo alto de una pequeña loma, cubierta enteramente de césped, con algunos setos y macizos de flores, y en la que a trechos se veían algunos añosos robles. Hunt, prudente no quiso decir que ya había estado en aquella casa un par de veces y que conocía personalmente a Parrington.

Parrington, calculó, apenas se acordaría de él. Había ido a visitarle en nombre de Throgmorton, con quién tenía algunos negocios en común, a fin de llevarle unos documentos a la firma. Si Throgmorton era un hombre acaudalado, Parrington le superaba de largo en todo: posición social, economía e influencia en las altas esferas.

Le contada todo, se propuso. Luego, con el dinero en el bolsillo, se largaría de la ciudad durante una temporada. No tenía familia que le echase de menos. Las amistades no eran tan profundas como para quedarse a disfrutar de su compañía. En cuanto a sus relaciones con el otro sexo, no habían dejado en él la suficiente huella en ningún caso que le permitiese lamentar la forzada ausencia que su situación le iba a imponer.

Al detenerse el coche, un individuo surgió de las sombras y, acercándose, puso en manos del joven un revólver. Era lo convenido en el último instante momento, antes de abandonar la casa donde había recibido el siniestro encargo.

—Todo está listo —dijo el sujeto—. Puede entrar; nadie le molestará.

—Las llaves quedarán puestas en el coche —manifestó el conductor.

Hunt se apeó. Sus acompañantes lo hicieron también. El joven apreció que ahora habían utilizado un automóvil distinto al primero. Éste era de tipo corriente, aunque en buen estado. «Para ser gratis, no está mal», pensó.

Avanzó hacia la reja que defendía la entrada, que se deslizaba sobre unos rieles metálicos. Ahora estaba corrida lo suficiente para permitir el paso de una persona y entró caminando con paso firme, en dirección a la luz que se veía en la planta baja y que pertenecía al gabinete privado de Parrington. Sus secuestradores le habían

dado las instrucciones precisas para llegar allí, pero él se había cuidado muy mucho de decir que y ya había estado allí dos veces.

La puerta de la casa estaba entreabierta y la empujó, pasando al espacioso vestíbulo, todo él decorado con maderas nobles. El interior no resultaba pasado de moda, pese a su antigüedad ni se veía recargado en elementos de adorno. Parrington, no cabía duda, era hombre de buen gusto.

En el interior de la casa reinaba un silencio absoluto. Paso a paso, avanzó hasta la puerta que daba al despacho. La servidumbre, supuso, tendría su día de fiesta. Los que habían calculado el asesinato del millonario lo habían calculado bien para el mejor éxito de sus planes.

Muy despacio, hizo girar el pomo y empujó la puerta. Tenía el revólver, pero lo guardaba en el bolsillo del impermeable. Al cruzar el umbral, vio a Parrington.

Estaba sentado en su sillón, tras la mesa de trabajo, con la cabeza doblada sobre el pecho. Sin duda, se habría dormido, debido al exceso de trabajo, pensó. «No tendré más remedio que despertar...», empezó a pensar.

Pero aquellos pensamientos se cortaron bruscamente al ver la mancha roja que había en el centro de la camisa de inmaculada blancura.

—¡Oh, Dios! —exclamó, sin poder contenerse—. ¡Ya lo han asesinado!

Durante unos segundos, Hunt sintió vértigo. Mil ideas contradictorias bulleron alborotadamente en su imaginación. Alguien lo había hecho para culparle a él, suponiendo que no se atrevería a cometer el crimen y queriendo tener la seguridad de que Parrington estaría muerto.

¿O había más personas que deseaban la eliminación del financiero?

La inmovilidad de Parrington era absoluta. Aunque el brillo de la sangre indicaba que la muerte era muy reciente, ya no se podía albergar ninguna duda acerca de la suerte corrida por el dueño de la casa.

Durante unos segundos, permaneció indeciso, sin saber qué actitud adoptar. Luego se dijo que lo único que tenía que hacer era largarse cuanto antes.

—Tengo un coche y...

De pronto, cuando ya empezaba a volverse, oyó una voz de mujer:

—Será mejor que no se mueva. Le estoy apuntando con una pistola y dispararé si hace el menor gesto sospechoso.

CAPÍTULO II

Pese a la orden, Hunt se volvió en el acto. Entonces vio a la mujer y la reconoció.

Habían hablado muy poco en las dos ocasiones anteriores que había estado en aquella casa. Mentalmente había sentido envidia de Parrington, por tener como secretaria a una mujer tan hermosa. Alta, de porte distinguido, con cabellos que parecían un casco de bronce pulido, enmarcando un rostro de perfiles griegos, y unos ojos grises muy claros, que en ocasiones parecían no tener pupilas.

La figura era perfecta: el seno breve y erguido, cintura delgada, caderas escurridas, pero netamente femeninas, y piernas largas y de perfectos contornos. La vestimenta estaba a juego: sencilla, pero insuperablemente elegante. Alma Keale, se dijo, era mujer que sabía realzar su belleza, sin necesidad de estridencias que habrían destruido la armonía del conjunto.

Pero ahora tenía una pistola en la mano y parecía dispuesta a utilizarla. A fin de demostrar que sus intenciones no eran hostiles, levantó las manos.

—Señorita Keale, le aseguro que no he sido yo el autor del crimen —declaró.

Ella le miró con curiosidad.

—Usted es... Terence Hunt —dijo.

—Puede llamarme Terry, si le apetece —sonrió él—. Pero, insisto, no he sido yo quien ha matado a su jefe. Quizá lo ha hecho usted con esa misma pistola que tiene en la mano.

—No, no lo he hecho yo —exclamó Alma con vehemencia—. Acabo de enterarme...

—Y por eso ha venido armada —dijo Hunt con ironía.

—Estaba en mi habitación, en el segundo piso. Me pareció oír ruidos y terminé de vestirme. Bajé a ver lo que pasaba, armada, por si acaso, y me lo encontré a usted. Si no ha matado al señor

Parrington, ¿qué ha venido a hacer en esta casa?

Hunt frunció el ceño.

—Ha dicho que estaba en su habitación, arriba...

—Sí. El señor Parrington me asignó un dormitorio, para cuando tuviese necesidad de quedarme en alguna ocasión que surgiera un trabajo que necesitase ser terminado en el día.

—Y hoy...

—Hice ese trabajo, aunque no pensaba quedarme a dormir aquí —respondió la joven—. Pero aún no me ha explicado lo que hacía en la casa. ¿Le envió Throgmorton?

Hunt sonrió amargamente.

—Si le contase la verdad, no me creería, puesto que sigue pensando que yo maté a su jefe. Oiga, también yo podría pensar lo mismo de usted, ¿no le parece?

—Piense lo que guste, pero no lo maté. Y ahora, cuéntame los motivos de su presencia en esta casa. Luego le diré si creo o no en su historia. —Y llamará a la Policía Alma asintió.

—Habrà que llamarla de todos modos —dijo.

—Muy bien. Escúcheme, por favor...

Hunt habló durante unos minutos. Al terminar, observó que Alma parecía perpleja.

Es una historia fantástica, pero quizá, por lo mismo, digna de crédito —manifestó—. ¿Opinará lo mismo la Policía?

El joven se encogió de hombros.

—Habrà que afrontar las consecuencias, supongo, aunque usted también podría callar que me ha visto y permitirme abandonar este lugar.

Ella vaciló. De pronto, Hunt notó algo extraño.

—Oiga, señorita Keale, no he visto a la señora Parrington... ¿La ha dejado quedarse aquí, a solas, con su esposo? —preguntó, burlón.

Alma se irguió.

—La señora Parrington está en viaje de negocios con Rossiter Shiloh, el secretario general. Yo soy solamente secretaria personal, lo cual es muy distinto. Ellos se han ido a Los Ángeles y no sé cuándo volverán —contestó.

—Muy bien. Entonces, ¿qué hacemos?

Antes de que ella pudiera contestarle, se oyó una voz susurrante

en el vestíbulo:

—Alma, ¿dónde estás?

La joven se estremeció bruscamente. Luego movió la pistola.

—Quédese aquí, sin rechistar —ordenó—. Volveré enseguida y tomaremos una decisión.

Hunt hizo un gesto con ambas manos.

—Usted manda, señorita Keale —murmuró.

Alma abrió la puerta y cerró de inmediato. Hunt quedó junto a la puerta, pensando con amargura en las complicaciones que le iba a acarrear el caso.

De pronto, pensó en el dinero que le habían entregado. Diez mil dólares, un coche... Antes de que amaneciese podía estar a trescientas millas al menos de la ciudad, se dijo.

Por curiosidad, sacó el fajo de billetes que le había entregado el desconocido. Paseó el pulgar por uno de los bordes y, súbitamente, descubrió algo que le dejó sin sangre en las venas.

Unos segundos después, comprobaba, infinitamente decepcionado, que de los diez mil dólares anunciados, sólo había doscientos: los que formaban las cubiertas superior e inferior del fajo.

El resto consistía en recortes de papel, de consistencia análoga a la de un billete de Banco. Pero, en total, sólo tenía doscientos dólares.

La voz de Alma, que sonaba fuera, con trémolos de irritación, le sacó bruscamente de sus pocos agradables reflexiones:

—Te digo que no, Bat —exclamó la joven—. No insistas, no dispongo de tanto dinero...

Picado por la curiosidad, Hunt se acercó más a la puerta y, apreciando que no estaba cerrada por completo, aplicó el oído a la rendija, a fin de enterarse de lo que se hablaba en el vestíbulo. El hombre que estaba con Alma, dijo:

—Está bien, si no me das el dinero, no tendrás...

—Bat, Bat, yo te quería. ¿Por qué me has hecho eso? —dijo Alma con tono lleno de aflicción.

—Pequeña, las perspectivas cambian con el tiempo —respondió el sujeto con aire desdeñoso.

—Y, por dicha razón, me obligaste a hacerme aquellas fotografías...

—Yo no te obligué; tú lo aceptaste de muy buen grado —rió el hombre.

—Eso habría que discutirlo.

—No tenemos tiempo. Por última vez, Alma suelta la «pasta» o tendrás que lamentarlo. Recuerda que tengo también un par de fotografías que tomé, cuando estabas con Farrington en una postura muy comprometedora. ¿Qué dirá la señora Farrington si recibe esas fotografías? A él no le gustaría concederle el divorcio y, en cuanto a ti, te pondría de patitas en la calle y te quedarías sin la bicoca que supone el empleo, ¿verdad?

—Bat, a veces eres odioso...

Se oyó una risa burlona.

—Y otras veces me decías que era el mejor amante del mundo —contestó sarcásticamente—. Vamos, Alma el viejo confía en ti, hasta el punto de que te indicó la clave de su caja fuerte particular. Sacar el dinero y ya te justificarás después, porque, si no lo haces inmediatamente, la señora Farrington recibirá esas fotografías antes de cuarenta y ocho horas.

Hubo un instante de silencio. Luego sonó la voz de Alma:

—Está bien, Bat; aguarda un momento. No, no entres... Si das un paso más, me negaré a pagar lo que me pides...

—Como quieras, muñeca —dijo el sujeto riendo—. Esperaré aquí, pero no tardes, ¿eh?

Hunt se apartó de la puerta. Ella entró y volvió a cerrar.

Estaba muy alterada. Sus grandes ojos miraron acusadoramente al joven.

—Lo ha oído todo —siseó.

Hunt hizo un gesto afirmativo.

—Sus problemas me tienen sin cuidado, señorita Keale —respondió en el mismo tono bajo. De pronto, se le ocurrió una idea—. Pero puedo ayudarla a salir de su mal trago.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

Hunt sacó el simulado fajo de billetes y lo puso en las manos de la joven.

—Déselo —dijo—. Es el precio de un crimen que no he cometido. Ese dinero —agregó altisonantemente—, me quemaría las manos. A su amigo Bat no le preocupará el origen.

Alma titubeó un momento, pero acabó por aceptar.

—Se lo devolveré en cuanto pueda, señor Hunt.

Abrió de nuevo y volvió a salir. El joven se cuidó de que la puerta no quedase cerrada del todo.

—Ahí tienes el dinero, Bat —dijo Alma—. Ahora, dame las fotografías.

—Te las enviaré mañana, por correo, encanto.

—¡Eso no es lo convenido...!

—Tendrás que aguantarte, tanto si te gusta como si no —respondió el sujeto fríamente—. Repito, mañana tendrás las fotografías.

—Bat, sin fotografías, no habrá dinero...

De repente, se oyó el seco estallido de una bofetada. Alma lanzó un grito de sorpresa. Hunt permaneció oculto; en modo alguno le convenía ser visto por aquel desaprensivo sujeto.

Adiós, muñeca —se despidió el amigo de Alma—. Por cierto, he tenido que venir en taxi, porque mi coche estaba averiado... Pero un idiota se ha dejado el suyo, con las llaves puestas... Me lo llevaré y ya lo buscará mañana...

Riendo desvergonzadamente, el hombre se marchó. A los pocos segundos, volvió a entrar Alma, con el rostro encendido y, en la mejilla izquierda, las señales indudables de la bofetada que había recibido momentos antes.

—Un chico de todas prendas —comentó Hunt con acento neutral.

—Un tipo repugnante. Ahora he visto claro qué clase de hombre es.

—Sí, a veces, eso cuesta —admitió él—. Por cierto, su amiguito se va a llevar una buena sorpresa.

—No es mi amigo —protestó Keale.

—Lo fue, ¿verdad?

Ella asintió tristemente.

—Me dejé engañar como una tonta...

—La mujer más lista o la más fría, cae de bruces en ocasiones y cuando menos lo espera o lo desea. Lo siento por usted.

—No lo lamente. Bat Ryle y yo hemos terminado para siempre.

—No, si lo decía por las fotografías. Ryle no se las enviará como ha prometido.

—Cumplirá su palabra...

—Lo dudo mucho. Le di sólo doscientos dólares. El resto del fajo eran recortes de papel en blanco.

En el rostro de Alma apareció súbitamente una intensísima palidez. Hunt creyó que iba a desmayarse y alargó una mano para sostenerlo, pero ella le rechazó con gesto brusco.

—Ha dicho que sólo hay... papeles sin valor...

Hunt hizo una mueca.

—Me dieron lo que decían era diez mil dólares y el coche.

Y ahora, ese estúpido se lo va a llevar también. ¿Puede decirme, al menos, dónde vive, para ir a buscarlo mañana?

—Matthis Road, seis mil trescientos...

Repentinamente, un terrible fogonazo anaranjado barrió las tinieblas de la calle, a la vez que se escuchaba una espantosa detonación.

Un par de cristales saltaron ruidosamente por los aires. Alma, asustada, lanzó un agudo chillido.

Hunt se precipitó hacia la ventana más próxima. Junto a la acera, se veía algo que ardía con furiosas llamaradas.

Restos metálicos se hallaban esparcidos por todas partes. Hunt comprendió en un instante los motivos del «regalo» del coche.

«Terry, muchacho, esto se va a llenar de policías antes de cinco minutos y si te encuentran aquí, te vas a ver en un apuro de los gordos. Lo mejor será que te esfumes con la mayor discreción posible», pensó.

Alma parecía aturdida, incapaz de reaccionar. Hunt la miró un instante con ojos compasivos y luego, en silencio, se encaminó en busca de la puerta trasera.

Aquella casa, dedujo, debía detener una puerta trasera y supo encontrarla.

CAPÍTULO III

Entró en el apartamento y cerró a sus espaldas. Era la primera vez que estaba en aquella casa y desconocía la topografía interior. Procurando ponerse en el lugar de su inquilino, se esforzó por localizar lo que había ido a buscar.

Tardó relativamente poco en encontrarlo. Estaban detrás de un cuadro, que representaba una orgía en la época de Nerón, una litografía de colores chillones, con toques pornográficos, pero que, dedujo, debía de haber agradado infinitamente a su dueño.

Detrás del cuadro había también unos cuantos sobres, sujetos con tiras de papel adhesivo. Hunt los examinó uno a uno, encontrando en algunas fotografías de una obscenidad increíble, en las que siempre aparecía el dueño del apartamento.

En una de las fotografías, aparecía una mujer desnuda, acompañada por dos hombres. Uno de ellos era el dueño del apartamento. El rostro de la mujer y el del otro hombre, le parecieron vagamente conocidos, aunque no lograba recordar dónde los había visto anteriormente.

Cada grupo de fotografías estaba designado por una cifra en lo que estimó era una clave, que sólo debía de conocer el dueño de la casa. Sin duda, guardaría la clave en alguna libreta de notas que llevaría siempre sobre sí.

Otro sobre contenía fotografías de cierta dama a la que había conocido bastante bien.

—Vaya con la señora Throgmorton —comentó apagadamente—. Si entonces me lo hubieran dicho, no lo habría creído...

Pero si encontró las fotografías que más le interesaban. Silbó, admirado, al contemplar los innegables encantos de Alma Keale, fotografiada sin ningún velo.

—¿Qué diablos tenía ese tipo para conseguir semejantes cosas de las mujeres? —rezongó, porque, hasta entonces, sus éxitos con el

bello sexo habían sido un tanto limitados.

Pero, por lo visto, el dueño del apartamento debía de poseer un atractivo especial. «A fin de cuentas, vivía de eso», pensó.

Luego examinó críticamente las fotografías en que aparecía Alma con Parrington. Ambos estaban en traje de baño, junto a la piscina de la mansión. El de Alma era traje completo y no tenía aspecto incitante, ni mucho menos. Parrington vestía unos holgados calzones de color oscuro.

—Sólo una esposa celosa podría tomar estas fotografías como prueba de una relación pecaminosa entre el marido y la secretaria —murmuró—. Pero un divorcio habría beneficiado enormemente a la señora Parrington; su esposo habría tenido que pasarle una elevadísima pensión y...

Allí ya no tenía nada que hacer, se dijo finalmente. Procuró dejar todo tal como lo había encontrado; en cuanto a sus huellas, había usado guantes desde el primer momento, de modo que no había peligro de que relacionasen su presencia en el apartamento con la falta de las fotografías, si alguien se decidía venir a buscarlas.

Apagó la luz, cerró la puerta y se encaminó hacia la planta baja del edificio.

Después de haber llamado, esperó unos momentos. Alguien atisbó a través de la mirilla. Luego, la puerta se abrió y Alma le miró fijamente.

—Se marchó anoche, dejándome sola con la Policía —dijo, en tono de reproche.

—Así es —admitió Hunt desenvueltamente—. ¿Puedes ofrecerme una copa?

Ella se sorprendió del tratamiento, pero acabó por asentir.

—¿A qué has venido? —preguntó.

Hunt empezó a quitarse el impermeable.

—A pedirte dinero —dijo sin rodeos—. Estoy completamente arruinado. Throgmorton me despidió hace meses y ya he «limpiado» mi cuenta del Banco. —Ah, piensas que voy a darte dinero... Tendría que ser al revés, ¿no?'— ¿Por qué?

—Callé que habías estado en la casa. No dije nada de tu presencia.

—Gracias, pero sólo habría tenido que soportar unos molestos interrogatorios. Hubiera dicho que había ido a visitarte y tú habrías

corroborado mi declaración.

—Es posible. —Alma le entregó una copa—. Bien, ¿qué motivos existen para que yo te dé dinero?

—¿Cuánto pensabas pagarle a Ryle?

Ella se sonrojó vivamente.

—Cinco mil —murmuró.

—Ese tipo te tenía sorbido el seso, ¿eh?

—¿Es que una mujer no puede ser tonta al menos una vez en la vida? —contestó ella furiosamente.

—A los tipos como Ryle se les cala enseguida, sólo que, en ocasiones, el amor ciega por completo. El amor... o la pasión, Alma. Hunt se sentó y cruzó las piernas negligentemente.

—Te lo dejo por la mitad —añadió.

—¿Dos mil quinientos?

—Exacto.

—Muy bien, pero antes, dime, ¿por qué tengo que darte tanto dinero?

—Lo tienes, ¿no?

—Parrington me pagaba un sueldo excelente. Heredé cierta suma de mi abuelo y ese capital me produce un buen interés —explicó Alma.

—Entonces, eres una chica con posibles.

—No puedo quejarme, Terry.

—Por supuesto. Mira, en el bolsillo derecho de mi impermeable, tienes un sobre. Examina lo que hay en su interior.

Alma le miró un instante, sorprendida, y luego se acercó a la prenda nombrada. Extrajo el sobre, lo abrió y sacó las fotografías que había en su interior.

—También están los negativos —dijo Hunt, entre sorbo y sorbo. Ella tenía el rostro encarnado.

—¿Las has visto?

—Sí.

—A veces... una se deja engañar...

—Indudablemente.

—Dijo que podía hacer de mí una estrella... Tenía amigos en una importante revista... Publicarían las fotografías... —dijo ella con acento vacilante.

—¿Te dejaste convencer?

—Hubo un tiempo en que tenía deseos de ser famosa, Terry.

—A cualquier precio, claro.

Alma se encogió de hombros.

—¿No has cometido tú nunca ningún error del que luego tuvieras que arrepentirte? —preguntó, irritada.

—Sí, uno de ellos, el mayor, fue aceptar la proposición que me hicieron anoche unos desaprensivos —contestó el joven.

—Te refieres a la muerte de Parrington.

—Justamente.

—¿Por qué aceptaste, Terry?

—Dijeron que tenían unos documentos que podían enviarme a la cárcel. No sé si será cierto, pero preferí creer al que me lo dijo. Aparte de esto, no estoy seguro de haber salido con vida de aquel antro, caso de haberme negado a aceptar lo que me proponían.

—¿Crees que te habrían matado?

Hunt emitió una risa sarcástica.

—Me entregaron el revólver cuando ya habíamos llegado frente a la casa de Parrington. Sin duda, fue el tipo que disparó contra tu jefe, a fin de culparme después del asesinato.

—Pero si tú no lo hiciste...

—Me regalaron un coche. El supuesto fajo de billetes habría ardido después de la explosión. Pero hubieran encontrado el revólver con una bala menos, la que mató a Parrington. ¿Qué más hubiera deseado la Policía?

—Tienes razón —dijo ella, meditabunda—. Tú entraste en la casa, lo viste ya muerto y, por tanto, no habrías usado el revólver.

—Exactamente. Es lo que ellos pretendían. No estaban seguros de que yo lo hiciera, pero sí querían asegurarse de que después no podría hablar. Y, naturalmente, me dieron un coche corriente y sólo doscientos dólares.

—Un plan excelente, pero que les ha salido mal —sonrió Alma.

—Según se mire. Ahora me creen muerto. Ryle quedó irreconocible y todavía no le han identificado, según he podido leer por los periódicos. La Policía no me relaciona en absoluto con el caso, lo cual, en medio de todo, no deja de tener sus ventajas para mí.

—Unos piensan que has muerto y los otros no saben en absoluto que tú estuviste allí.

Hunt sonrió.

—Acabas de describir mi situación —dijo.

—Bien, tú me has devuelto las fotografías y yo me siento muy agradecida. Habrás podido comprobar, además, que no había nada entre Parrington y yo. En confianza, te doy mi palabra que él jamás se propasó conmigo, en ningún sentido.

—A la vista de esas fotografías, una mujer recelosa habría creído lo contrario.

—Eso es cierto y Ryle trataba de aprovecharse de la situación.

—Un tipo repugnante. ¿Puedo decir que los sujetos como Ryle están mejor bajo tierra?

Alma suspiró primero y luego se encogió de hombros.

—Me hizo mucho daño —contestó.

—Eres una chica demasiado ingenua, pero eso se remedia con el tiempo —rió Hunt—. Sí, es cierto. Bueno, Terry, te daré el dinero... pero ¿no puedes decirme para qué lo quieres? Oh, olvidaba que estás arruinado...

—Estoy arruinado y, además, quiero encontrar al tipo que me ordenó asesinar a Parrington.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo has oído. Guardo el revólver que me dieron, muy bien escondido. Falta una bala, pero está el cartucho vacío. Cuando lo encuentre, dejaré el arma en un lugar donde pueda encontrarla la Policía.

Alma pareció meditar unos instantes. Luego hizo un gesto de asentimiento.

—Tendré que darte un cheque —dijo al cabo.

—Tu firma es dinero, Alma.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Por qué te despidió Throgmorton?

Hunt pensó un instante en las fotografías de la señora Throgmorton. Después, respondió:

—Pensó de mí lo que no era cierto. Pero su esposa sí se la debió de pegar con otro. U otros, no sé ni me importa.

—He oído decir que es una mujer... muy ligera de cascos.

—A su lado, Mesalina, una dama del Ejército de Salvación —dijo él riendo.

Alma sonrió ligeramente y se puso en pie. Fue a un elegante

escritorio de persiana, se sentó, escribió en un cheque y luego se lo entregó a su visitante.

—Te deseo un éxito completo —dijo.

Hunt leyó el cheque, lo dobló y lo guardó en un bolsillo.

—Celebro haberte conocido, aunque sea en circunstancias poco agradables —dijo, como despedida—. Y conste que tomo este dinero como un préstamo. El día en que mejoren mis finanzas, te lo devolveré. —No te preocupes, iba a pagar cinco mil...

—Y dentro de unos meses otros cinco mil y así sucesivamente, hasta que Ryle te hubiese dejado las arcas con telarañas. Cuando se cede ante un chantajista, se pone uno en sus manos para siempre.

Hunt dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. En el mismo instante, sonó la campanilla de llamada.

El joven se volvió. Alma hizo un gesto como indicando que no esperaba a nadie. Luego, de pronto, le enseñó una puerta con cortinas solamente.

Hunt comprendió en el acto y, pisando lentamente, se escondió tras las cortinas. Entonces, ella cruzó la sala y abrió la puerta.

—¿Es usted Alma Keale? —preguntó el recién llegado.

—En efecto, señor...

—Huffey Sangton señorita. Amigo de un conocido suyo, Bat Ryle.

—Hace tiempo ya que el señor Ryle y yo no mantenemos ninguna relación, señor Sangton —contestó Alma vivamente.

—Mi amigo ha desaparecido. Sin duda, usted podrá decirme dónde se encuentra. —No tengo la menor idea. Ya le he dicho...

Inesperadamente, Sangton alargó la mano y apresó la muñeca izquierda de Alma.

—Mira, muñeca, no me vengas con cuentos. Ryle y yo no somos amigos, somos socios, y quiero encontrarlo. El siempre dijo que nunca había visto una mujer como tú; por tanto, tienes que saber a la fuerza dónde está. Ya me imagino que tiene problemas y que va a tardar mucho tiempo en volver a la superficie, pero él guarda algo que vale un montón de «pasta». He estado haciendo para Bat los trabajos más sucios, me pagó siempre con una miseria y ya me he cansado.

—Pero ¿qué tengo yo que ver con todo lo que está diciendo? —se asombró la joven.

—Muy sencillo. Bat te confiaba todos sus secretos. Por tanto, tienes que saber a la fuerza dónde guardaba ciertas fotografías que me pueden proporcionar una bonita suma de dinero.

CAPÍTULO IV

Alma, estupefacta, abrió la boca, pero no dijo nada. Sangton, sonriendo perversamente, empezó a retorcer su muñeca, a la vez que, con la mano izquierda, sacaba una navaja de resorte, que desplegó en el acto con seco chasquido.

—Preciosa, no querría cortarte esa cara de ángel, pero si sigues cerrando el pico, te obligaré a cantar...

Hunt empezó a pensar que tenía la obligación de ayudar a la joven. Estaba contemplando la escena, por la rendija que había entre las cortinas, y de pronto, captó la imagen de un jarrón sobre una consola situada a su derecha.

Sin hacer el menor ruido, agarró el jarrón por el alto cuello. Alma hizo un movimiento y echó la cabeza hacia atrás. Aquel gesto obligó a Sangton a girar un poco.

El sujeto quedó casi de espaldas a Hunt. Éste se dijo que no podía desaprovechar la ocasión.

—¿Hablaras? —dijo Sangton, a la vez que, acentuando la presión sobre la muñeca de Alma, acercaba a su rostro la punta de la navaja.

En el mismo instante, el jarrón cayó sobre la cabeza de Sangton. Se oyó un fuerte estrépito de cerámica dividida en cientos de trozos y el visitante se desplomó como un fardo.

Hunt sonrió.

—Descuéntame el precio del jarrón —dijo.

Alma se puso una mano en el pecho.

—He pasado un mal trago —manifestó.

—Entonces, sírvete uno del bueno —aconsejó él—. ¿Lo conocías? —señaló al caído.

—Nunca le había visto. Bat jamás me habló de él.

—Ryle era un vividor, un sujeto que se ganaba la vida a costa de las mujeres y de cosas aún peores. Murió en mi lugar, pero no

habría llegado a viejo, tenlo por seguro.

La mano de Alma temblaba al poner coñac en una copa.

—Ahora veo que tienes razón, Terry. ¿Qué piensas hacer con Sangton?

Hunt dudó unos segundos. Luego se arrodilló junto al caído y observó que respiraba con regularidad.

—Una pequeña conmoción. Despertará con un gran dolor de cabeza, eso es todo.

—¿Aquí? —se alarmó la joven.

—Espera un momento.

Acometido por una súbita inspiración, Hunt registró a Sangton y le encontró una pistola de pequeño calibre, que lanzó a un rincón. Examinó su billetera y encontró casi mil dólares en billetes.

—Este tipo vino a pedirte algo por lo que pensaba obtener una buena suma de dinero, pero no era un pobre, precisamente —comentó—. Insisto en que no lo conocía. Bat jamás me habló de él...

—Bat era de la clase de tipos que no dejan que su mano derecha sepa lo que hace la izquierda —dijo Hunt cáusticamente—. ¿Eh, qué es eso? —exclamó de pronto. Tenía en la mano una agenda de notas y había leído algo que llamó especialmente su atención.

—Calle Vallis, setecientos noventa y cuatro... ¿De qué me suena a mí esta dirección? —murmuró pensativamente.

Sacudió la cabeza. Por el momento, no conseguía establecer sus recuerdos. Pero la agenda podía resultar interesante más adelante.

Alma le contemplaba expectante. Hunt creyó entender sus pensamientos.

—No te preocupes; me lo voy a llevar de aquí —dijo.

Sangton empezaba a rebullir, pero no había recobrado aún la plena consciencia. Hunt le ayudó a ponerse en pie y luego, pasando un brazo por encima de sus hombros, lo condujo hasta la puerta.

Alma abrió en el acto.

—Llámame en cuanto puedas, Terry.

Hunt sonrió.

—Descuida.

Al salir a la calle, el aire fresco de la noche pareció obrar efectos beneficiosos en Sangton, pero todavía se sentía inseguro sobre sus piernas.

—Muchacho, ¿dónde tienes tu coche? —preguntó Hunt con acento persuasivo.

—Me han golpeado... —rezongó el sujeto.

—No te preocupes, ya le he dado su merecido —mintió Hunt.

—¿Eres... Dutt?

—Claro, ¿quién otro podría ser?

—Mi coche... Ése es...

—Dame las llaves, Huffey.

El hombre obedeció maquinalmente. Hunt abrió, lo hizo sentarse en el asiento posterior y pasó al puesto del conductor.

—Te llevaré a casa, Huffey.

—Gracias, Dutt. Eres un buen muchacho... ¿Qué le has hecho a ese tipo?

—No te preocupes por él; no volverá a molestar a nadie en su vida.

Sangton emitió un suspiro de alivio y se relajó en el asiento posterior. Hunt puso el coche en movimiento.

—Descansa tranquilo; yo me ocuparé de todo —dijo Hunt.

El coche arrancó. Media hora más tarde, Hunt lo detuvo en un descampado, fuera ya de la ciudad, aunque sin parar el motor. Tras apearse, ayudó al otro a salir del automóvil.

—Espera un momento, Huffey, ahora vuelvo.

Hunt ocupó nuevamente su puesto y arrancó antes de que el todavía aturdido Sangton pudiera percatarse de sus intenciones. Encontró un desvío, se metió por él y luego tomó una nueva ruta de regreso.

Sangton había quedado a cinco o seis millas de la ciudad. Pensando en la cara que pondría cuando recobrase del todo el conocimiento, se echó a reír.

Pero, de pronto, se puso serio.

—Ese tipo, si hubiese podido, me habría dado un disgusto —masculó.

Y luego, al recordar lo que había querido hacerle a una hermosa joven, se dijo que debería haberle dado una buena tanda de puñetazos.

Al día siguiente, oculto prudentemente tras unas grandes gafas de color, asistió al entierro de Parrington.

La viuda estuvo presente en el funeral. Victoria Parrington era

una bella mujer de unos treinta y siete o treinta y ocho años, a la que el luto sentaba estupendamente. Parecía enormemente afligida, pero, sin saber por qué, Hunt presintió que había una buena parte de comedia en la actitud de la viuda.

Ella se apoyaba continuamente en el brazo de un hombre de aspecto arrogante, aunque unas ligeras entradas en las sienes indicaban que ya había dejado muy atrás los cuarenta años. Debía de ser Rossiter Shiloh, el secretario general de Parrington.

Lloviznaba ligeramente y la mayoría de los asistentes usaban paraguas. Hunt estaba enfundado en su impermeable y se cubría con una gorra de visera. De pronto, vio un rostro que le resultó conocido.

¿Qué diablos hada Sangton en aquellos parajes?, se preguntó.

El sujeto estaba con otro de rostro duro, granítico. A Hunt le pareció que era uno de los que le habían llevado al lugar donde le habían ordenado matar a Parrington.

Prudentemente, y no fiando por entero en su disfraz, se retiró unos pasos, procurando situarse detrás de un espeso grupo de asistentes. Cuando el sacerdote dio por finalizada la ceremonia, vio que Sangton y el otro se retiraban presurosamente hacia el lugar donde habían dejado estacionado su automóvil.

Por un momento, Hunt se sintió frustrado, porque no podía seguirlos, ya que no disponía de coche propio. Pero luego, recordando que tenía en su poder la agenda de Sangton, se dijo que en cualquier momento estaría en situación de localizar al sujeto.

Sangton y su acompañante...

De pronto, todo su cuerpo se estremeció.

—Ahora recuerdo —murmuró.

Alguien le tocó en el codo de pronto.

—¿Quieres venir conmigo, Terry?

Hunt se volvió en el acto. Alma, severamente ataviada, también con gafas oscuras, le miraba sonriendo.

—No esperaba verte aquí —dijo.

—Quería conocer a la viuda —contestó él.

—Muy hermosa, ¿no?

—Sí, lo es.

Ella hizo un leve gesto.

—Anda, vamos.

Caminaron juntos, sin prisas, dejando que la mayor parte de los asistentes se les adelantaran.

—Shiloh estaba con la señora Parrington —dijo Alma, cuando ya se disponían a entrar en el coche.

—Aunque no lo conocía, supuse quién era —declaró Hunt—. ¿Cuál es tu opinión sobre el tipo?

—Terriblemente ambicioso. Sólo se moderaba en presencia de Parrington.

—El amo tiraba de la correa y el mastín se quedaba quieto, ¿no?

—Algo por el estilo, en efecto. Lo malo es que Shiloh estaba más tiempo suelto que atado.

—Y alguien lo lamentaba, ¿verdad?

Alma se sentó tras el volante.

—Parrington era un hombre duro, pero justo —explicó, cuando el coche ya se ponía en movimiento—. Exigía el máximo de sus subordinados, pero sabía reconocer sus méritos.

Otra virtud suya es que era insólitamente morigerado.

—No bebía, ni fumaba, ni...

—Tomaba un trago de cuando en cuando, fumaba un cigarro tras las comidas, pero jamás se le conoció un lío con una mujer, ni siquiera con alguna de sus empleadas más cercanas.

—Diríase que estaba enamorado de su esposa.

—Por lo que yo sé, locamente enamorado, Terry.

—Dado el aspecto y la figura de la señora Parrington, los sentimientos de su esposo están plenamente justificados.

—El aspecto y la figura de la viuda tiene muy poco que ver con su psicología. —El «soma» y la «psyché» son diametralmente opuestos, ¿no?

—Cuerpo y alma —tradujo ella, sonriendo—. Sí, así es. Parece un ángel en ocasiones, pero es un demonio.

—Alma, ¿hemos de considerar a la viuda como la principal instigadora del asesinato?

—Al menos, la principal beneficiaría del testamento.

Hunt silbó.

—Parrington no era precisamente un mendigo —dijo—. Oye, ¿cómo podríamos enterarnos del contenido del testamento?

Alma sonrió enigmáticamente.

—Lo sabremos la semana próxima —dijo—. Debo asistir a la

lectura en el bufete de su abogado.

—Vaya, Parrington se acordó de ti...

Ella se encogió de hombros.

—Hoy he recibido la comunicación del abogado. Ya te dije que Parrington era un hombre duro, pero justo. A mí me apreciaba muchísimo, a mi tarea, claro. Me habrá dejado alguna pequeña manda, eso es todo, lo mismo que, me imagino, a la servidumbre.

—Será una ceremonia interesante— aseguró Hunt. —De modo que la viuda quedará ahora dueña de las empresas de Parrington.

—Es de suponer, Terry.

—Y Shiloh será su brazo ejecutor, y hará y deshará en el negocio...

—Ella le otorgará plenos poderes. Más de uno lamentará la muerte de Parrington, créeme. Eso, si no empiezan a liquidar los negocios, para dedicarse a la buena vida.

—¿Crees que lo harán?

—Me parece muy posible, aunque no puedo afirmar todavía nada al respecto. De todas formas, es preciso aguardar al martes próximo, que es cuando se leerá el testamento.

—Tendremos paciencia —sonrió Hunt.

Anohecía ya y la llovizna proseguía. De pronto, Alma dijo:

—Terry, ¿por qué no me invitas a cenar?

Hunt se sorprendió en un principio, pero reaccionó rápidamente.

—Ahora no puede ser —contestó—. Tengo que hacer una visita.

—¿Interesante? —preguntó Alma, maliciosa.

—Pero no en el sentido que te figuras. Al fin he podido recordar qué significa para mí la calle Wallis.

—¿Puedo conocer ese significado, Terry?

—Puedes. Es el lugar al que me llevaron, para darme la orden de asesinar a Parrington, y quiero examinarlo a fondo, antes de hacer cualquier otra cosa —dijo Hunt con acento lleno de determinación.

Alma detuvo el coche frente a un viejo caserón que, sin duda, había servido como almacén en otros tiempos.

—Me llevaron dando varios rodeos, pero no me taparon los ojos, así que pude ver el panorama, mientras viajábamos en el coche —explicó Hunt, cuando ya se disponían a abandonar el coche—. Nosotros hemos venido desde el norte, pero a mí me trajeron por la entrada opuesta de la calle. Estuve aquí hace algunos meses;

Throgmorton tenía un local y quería desalojarlo, porque iba a vender el solar. Al pasar, con, mis secuestradores, vi que el edificio había sido ya derruido.

—Es decir, notaste su falta.

—Justamente. Entonces, no supe advertir el detalle. Fue esta tarde, durante el entierro, cuando lo recordé de golpe, tras haberme devanado los sesos durante casi veinticuatro horas.

—Muy bien, ya estamos aquí, en el lugar en donde te propusieron matar a Parrington. ¿Y ahora?

La puerta era grande, de madera vieja y ya despintada. Hunt tanteó un poco luego sacó algo de su bolsillo.

—Una navaja de los mil usos —sonrió.

Había un pequeño destornillador y manipuló unos momentos. Al fin, la cerradura saltó y el paso quedó libre.

Hunt penetró en el edificio. Encontró la llave de la luz y pronto pudo ver la escalera que conducía al primer piso, donde, en tiempos pretéritos, habían estado los departamentos destinados a oficinas de aquel negocio. La escalera era vieja, de madera, adosada a la pared, en saledizo, y los peldaños, lo recordó muy bien, crujían amenazadoramente al recibir el peso de ambos.

El joven subió lentamente. Había sido conducido a la puerta situada en primer lugar.

Alma le seguía sin hacer ruido. El edificio, se dijo, estaba vacío. Si habían llevado allí a Hunt, era porque resultaba el lugar ideal para exponer los planes de una diabólica conspiración.

Alcanzó la puerta y tanteó el picaporte. Al notar que no estaba cerrada con llave, se volvió hacia Alma y sonrió.

—Aquí fue —dijo.

—Eran tres, ¿no?

—Bueno, dos me acompañaron. El tercero quedó en el coche. Creo que era Sangton, aunque no puedo asegurarla.

Y el cuarto, nos aguardaba ya en la casa de Parrington.

—El verdadero asesino.

—En efecto.

—Pero yo no escuché el ruido del disparo...

—Seguramente, utilizó un silenciador.

—Sí, eso tuvo que ser —admitió Alma—. Bueno, ¿no entras?

—Claro, mujer.

Hunt empujó la puerta y encendió la luz. Sí, aquélla era la habitación en la que había recibido las instrucciones necesarias para matar a Parrington, ignorante de que otro estaba dispuesto a ejecutar la tarea. Aún se podía ver el potente foco que le había ocultado el rostro del desconocido que parecía dirigir la conspiración.

—No hay nada —dijo Alma, decepcionada—. Sólo unos cuantos muebles viejos... y ese armario.

Resuelta, cruzó la estancia, abrió la puerta del armario y un cuerpo humano se le cayó encima, derribándola al suelo por el impacto, totalmente inesperado.

CAPÍTULO V

Alma emitió un grito de susto, creyendo que era atacada brutalmente. El joven se dispuso a acudir en su auxilio y agarró por un brazo al hombre que estaba encima de ella, disponiéndose a golpearle con todas sus fuerzas. Pero, de pronto, notó algo que le puso los pelos de punta.

Reaccionando, apartó al sujeto a un lado y agarró a la joven por los brazos, haciéndola ponerse en pie.

—No mires —ordenó.

Ella se sentía terriblemente nerviosa.

—Ese hombre me atacó... Quería matarme...

—Estás equivocada. No podía hacerte el menor daño. Está muerto.

Los ojos de Alma se desorbitaron. Miró un instante a Hunt, volvió luego la cabeza hacia el cadáver y lanzó un chillido de pánico.

—¡Muerto! —exclamó.

—Te dije que no debías mirar —rezongó Hunt malhumoradamente.

—Es... horrible...

—Claro que es horrible. No lo pasó bien antes de morir —dijo el joven, haciéndola volverse de espaldas al cadáver.

A pesar de que tenía las facciones deformadas, Hunt reconoció a Sangton. No hacía ni dos horas que lo había visto en el cementerio y ahora lo tenía allí, muerto, con una cuerda fina profundamente hundida en la carne del cuello.

—¿Sabes quién es? —preguntó ella, estremecida.

—Sangton, el socio de Ryle.

Alma sintió un escalofrío.

—Ha muerto... ¿Por qué, Terry?

Hunt hizo un movimiento con la cabeza.

—Estoy por decir que Sangton era de la clase de tipos que nunca tienen bastante —respondió.

—No entiendo —dijo ella.

—Es bien sencillo. Sangton actuó con mis secuestradores, por una suma digamos módica. Luego se enteró de que se trataba de una acción de mayor envergadura de la supuesta en un principio, y debió de pedir más de lo convenido, amenazando con irse de la lengua si no le pagaban. Le dirían que sí, en un principio y luego lo atrajeron a este lugar, donde le habían tendido una trampa mortal. Son hipótesis, no afirmaciones —se apresuró a aclarar el joven—; pero, modestamente, creo que se acercan mucho a la verdad.

—Sí, creo que tienes razón. Anoche quiso sacarme dinero a mi bueno, las fotografías, con las que esperaba conseguir un buen negocio. Fracásó y luego trató de explotar a sus compinches...

—Los cuales no estaban dispuestos a darle más de lo acordado. Seguramente, Sangton insistió y eso le supuso el fin.

Alma volvió a estremecerse.

—Terry, ¿qué hacemos ahora?

—Nada —respondió Hunt—. Dejaremos a Sangton donde está. Ya lo encontrará alguien.

Hunt asió el brazo de la muchacha y la empujó hacia la puerta. Abrió de golpe y, en el mismo instante, se encontró frente a un hombre que pretendía entrar en aquella habitación.

La sorpresa fue absoluta para los tres. Durante un instante, Hunt y el recién llegado permanecieron frente a frente, mirándose ambos con cara de estupefacción.

Alma no sabía qué hacer. Tan sorprendida como los otros dos, ni siquiera acertaba a pronunciar una sola palabra.

La quietud duró muy poco. En una fracción de segundo, Hunt reconoció en el sujeto a uno de los que le habían traído hasta allí. Entonces, se dio cuenta de que el otro estaba ya reaccionando.

Tendría un arma, pensó. Pero actuando de forma sorprendente, con insólita rapidez, disparó el puño con todas sus fuerzas y alcanzó el mentón del sujeto.

Hunt se quedó atónito al observar los resultados del golpe. Aunque no era bajo precisamente ni un peso ligero, nunca había boxeado y practicaba muy poco los deportes. Pero la misma sorpresa hizo que el hampón no pudiera esquivar el puñetazo que,

alcanzándole de lleno, lo arrojó hacia atrás.

El hombre retrocedió un par de pasos con enorme violencia. Su pie derecho encontró de pronto el vacío y volteó aparatosamente. Al caer, lo hizo con todo su peso y la escalera, vieja y resentida, se hundió con gran estrépito de maderas rotas. Abajo se oyó un fuerte golpe y luego silencio.

—¡Se ha matado! —exclamó Alma, aterrada.

Hunt torció el gesto.

—No quería hacerlo, pero defendía mi vida —alegó—. Lo peor de todo —masculó—, es que ahora tenemos cortado el paso.

Había casi cuatro metros hasta el suelo y el hueco abierto por la caída del sujeto era demasiado extenso. Aunque hubieran querido salvarlo de un salto, lo único que habrían conseguido sería el hundimiento total de la escalera.

Pero Hunt era hombre de imaginación fértil y, quitándose el impermeable, lo agarró por las mangas y entregó el borde final a la joven.

—Yo te sostendré mientras te descuelgas —dijo.

Ella comprendió en el acto. La operación resultó más fácil de lo imaginado en un principio. Luego, Hunt se dejó caer desde lo alto, sin sufrir daños, aunque sí rodó por el suelo unos instantes.

—No estoy habituado a ciertos ejercicios —se disculpó, con una sonrisa.

—Terry, será mejor que nos marchemos cuanto antes —propuso Alma, muy nerviosa.

—Aguarda un momento, por favor.

Hunt se arrodilló junto al caído quien, aunque inconsciente, se quejaba sordamente.

—No parece tener lesiones graves, pero, de todos modos, ha recibido un buen porrazo —dijo, mientras registraba sus ropas.

Sacó una pistola de aterradoras dimensiones y la dejó a un lado. Luego examinó su billetera.

—El permiso de conducir está a nombre de Teel Croyt —dijo, pensativo—. Habría que ver si es su nombre auténtico...

—¿Importa eso mucho ahora, Terry? —preguntó ella, impaciente.

Hunt tiró la billetera sobre el pecho de su dueño.

—Tienes razón, no importa nada —respondió.

Momentos después, se hallaban en el exterior. Hunt se hizo cargo de la conducción del automóvil.

Durante unos momentos, permanecieron en silencio. Luego, él, sonriendo, volvió la cabeza.

—¿Cómo te sientes, Alma?

—Por extraño que te parezca, mejor de lo que yo misma podría esperar —dijo ella—. Lo celebro infinito. Pero, si mal no recuerdo, antes de ir a la calle Wallis, hablaste algo sobre una cena.

—¿Tienes apetito, Terry?

—Me muero de hambre. ¿Dónde cenamos?

—¿Te parece bien mi apartamento?

—Magnífico.

—Pero luego no pidas más, ¿eh?

—Alma, cada vez que invitas a cenar a un hombre, ¿te piden después «algo más»?

—No lo he hecho con frecuencia pero esa petición parece algo inevitable, Terry.

Hunt le dio una palmadita en la rodilla.

—Quédate tranquila —dijo—. Nunca te pediré nada que no estés dispuesta a darme voluntariamente.

Alma no contestó y pareció entregarse a sus pensamientos. De pronto, cuando ya estaban llegando a su casa, Hunt lanzó una sonora exclamación.

—¿Qué sucede ahora, Terry?

—Croyt, el tipo que hundió la escalera. Ahora sé por qué no me atacó de inmediato.

—Es cierto —recordó la joven—. Parecía como... como si hubiera visto un fantasma...

Se quedó paralizado por el asombro... o quizá el terror...

—Un fantasma, no —corrigió Hunt—. Vio a un muerto que había resucitado.

—¿Tú?

—Croyt fue uno de los que me llevó a la calle Wallis y luego hasta la casa de Parrington. Mientras yo estaba dentro, ellos terminaron de preparar la bomba. Recuerda que Ryle no ha sido identificado todavía.

—Por tanto, te creía muerto, pero se quedó pasmado al verte vivo. ¿Significa eso que tendrás que hacer algo para evitar riesgos?

—Sí, una cosa muy simple: tendré que buscarme otro apartamento, porque es de suponer que conocen mi dirección y, en cuando se entren de la noticia de mí «resurrección», me buscarán para eliminarme definitivamente.

—No sabes demasiado, Terry —arguyó Alma.

—Vi muy bien la cara del que asesinó a Parrington y podría identificarle en cualquier momento.

Hunt preparó todo para marcharse al día siguiente. De momento, se dijo, iría a un hotel, ni muy lujoso, dada la cortedad de sus fondos, ni tampoco un tugurio donde tuviese que compartir la cama con los insectos parásitos. Más adelante, ya tomaría una decisión y...

Cuando iba a salir, vio algunas cartas encima de la mesa.

Seguramente, las había dejado la asistenta que limpiaba el apartamento con regularidad.

Todas las cartas eran propaganda comercial o facturas sin importancia. Una de ellas, sin embargo, era personal y llamó poderosamente su atención.

Estaba firmada por Throgmorton en persona y le decía que deseaba tener con él una entrevista, a fin de aclarar cierto mal entendido que había surgido entre los dos, a consecuencia de unos informes erróneos, lo cual abría la puerta a la posibilidad de volver a ocupar su puesto, con un sustancioso aumento de sueldo.

Era una carta muy agradable y, en especial, por el tono amable y, a la vez humilde de su autor. Profundamente pensativo, Hunt se abanicó con el papel durante unos momentos.

Luego pensó que la entrevista no corría tanta prisa.

—Iré mañana... o pasado... Cuando me convenga —murmuró, a la vez que se encaminaba hacia la puerta, con una pequeña maleta en la mano.

Era cierto que la casquivana señora Throgmorton había tenido con él un pequeño lío y su esposo había llegado a enterarse. Pero el joven no se sentía culpable en absoluto.

—El jefe me llama a su casa, luego resulta que no está, y me recibe su esposa en traje de Eva... ¿Qué puede hacer un hombre? —se dijo, como disculpa al pecado cometido.

Una vez hospedado en el hotel que le pareció más discreto, Hunt sacó la agenda de Sangton y la estudió unos momentos.

El nombre que Sangton había pronunciado después de su estancia en casa de Alma figuraba allí: Dutt Kerrman, así como el número de teléfono. La dirección también había sido anotada, cosa que le extrañó, pero muy pronto supo darse cuenta de que era una anotación reciente. Tal vez Kerrman se había cambiado de domicilio poco antes.

Pasado el mediodía, llamó a la puerta de un apartamento. Una rubia de labios muy pintados, de los que pendía un cigarrillo humeante, le recibió en el umbral. Estaba vestida con una aparatosa bata de encajes, debajo de la cual se veían las prendas íntimas, de color negro, lo mismo que las medias.

Ella alargó una mano, apoyada con otra en la jamba de la puerta.

—Son cien «pavos» —dijo, gangosa—. Ciento cincuenta y lo que quieras, durante el tiempo que te apetezca. Nada de sadismo, ¿eh?

Hunt respingó.

—Perdone, pero tengo entendido que aquí vive un tal Dutt Kerrman...

—Sí, es mi mánager, pero ahora no está en casa.

«Tu mánager, ¿eh? Di más bien tu chulo», pensó Hunt.

—Tengo necesidad de hablar con él —manifestó.

—Pero ¿no te ha enviado Dutt? —preguntó la rubia, desconcertada.

—No. Y eso no importa ahora.

Ella no parecía dispuesta a hablar. Hunt se dijo que había un método para obligarle a despegar los labios.

—Mira, preciosa —dijo, ya con aire desenvuelto—, no he venido a divertirme un poco, aunque puede que lo haga otro día. En estos momentos, sin embargo, lo que más me interesa es hablar con tu mánager.

Sacó dos billetes de veinte dólares y los puso en el amplio y bien provisto escote de la rubia.

Ella sonrió.

—¿Cuarenta pavos sólo por...?

—Sólo por eso —insistió Hunt.

—Está bien, buen mozo. Mi mánager se pasa casi todo el día fuera de casa. A partir de las siete, puedes encontrarle en el Red Nat.

—Tiene allí su oficina, ¿no?

—Digamos más bien su centro de operaciones —rió la mujer—. Pero tiene tiempo. ¿De veras no quieres pasar un ratito?

Hunt le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Otro día, encanto —se despidió.

A las siete en punto, Hunt entraba en el Red Nest, un local de relativa buena apariencia, mejor que la mayoría de sus clientes de ambos sexos. Kerrman estaba sentado a una mesa, hablando con una morena de larga cabellera y senos espectaculares. La morena parecía escuchar, sumisa y callada. «Otra más de la “cuadra” de ese vividor», se dijo Hunt.

Acercándose a la mesa, puso las manos encima y miró a Kerrman.

—Quiero hablar con usted, Dutt —manifestó.

Kerrman alzó un ojo y le miró críticamente. Era un sujeto de mediana estatura, casi calvo y con un costurón en el borde de la mandíbula izquierda. Alguien habría querido degollarle en alguna pendencia, pero había errado el blanco, supuso el joven.

—¿Trae noticias? —preguntó Kerrman.

Hunt no sabía a qué se refería el sujeto, pero hizo un gesto afirmativo.

—Es posible —contestó.

Kerrman chasqueó los dedos.

—Lárgate, Maxie —ordenó—. Te llamaré más tarde.

—Sí, Dutt, lo que tú digas —contestó la morena con singular mansedumbre.

Entonces, Hunt tomó una silla y se sentó frente al amigo de Sangton.

—Las noticias que aguarda, ¿se refieren a fotografías? —preguntó.

CAPÍTULO VI

Calmosamente, Kerrman encendió un cigarrillo y arrojó el humo a la cara del joven.

Hunt se mantuvo impasible.

—Fotografías —repitió el hampón.

—¿Sí?

—Ryle las tenía en su casa. Alguien se las llevó.

—No sé quién pudo hacerlo —mintió Hunt.

—Huffey era un buen chico. No merecía morir como un perro.

—Su asesino lo pagará, se lo aseguro.

—Pero resulta curioso. Huffey no me habló nunca de ti. Ni siquiera me has dicho tu nombre.

—Hunt, Terry Hunt —respondió el joven, quien pensaba que ya no tenía motivos para ocultar su identidad.

—No, no me habló de ti. ¿Qué pretendes, en realidad?

—Huffey buscaba ciertas fotografías. —Hunt se puso un cigarrillo en los labios—. Creo que yo sé dónde están.

—Representan un montón de «pasta».

—Lo sé.

—¿Cuál va a ser mi parte en el negocio? —preguntó Kerrman codiciosamente.

—La mitad, si las encuentro, que creo que sí, y muy pronto.

—¿Qué me darás a cambio?

—¿Qué me darás tú, Dutt?

Kerrman sonrió, malicioso.

—¿Qué buscas?

—Aunque Huffey y yo teníamos algunos asuntos en común, a veces se ocupaba de otros, de los que no mencionaba una sola palabra. Pero sé que hace algunos días condujo un coche, con tres personas en su interior. Una de ellas era un tal Teel Croyt. —Croyt —repitió Kerrman, meditabundo. —Lo conozco, aunque nunca he

tenido tratos con él. Ni quiero tenerlos— añadió.

—Un tipo peligroso —calificó el joven.

—Suele ir siempre acompañado de Ben Sanella. Dos tipos verdaderamente malos.

—Y trabajan para alguien.

—Tom Raffer *el Dientes*. Tiene una taberna en la Décima, La Copa de Rubí.

—Gracias, Dutt. El pobre Huffey dijo siempre que eras un buen chico.

—Huffey no solía mentir. En cambio, tú sí mientes.

Hunt respingó.

—¿Yo?

—Has dicho que es posible que encuentres las fotografías. No es verdad, ya las tienes.

—Dutt, te aseguro que...

—Terry Hunt, en estos momentos, hay una pistola que apunta a tu barriga por debajo de la mesa. Tiene silenciador y no hará ruido, ¿entiendes?

El joven se puso rígido.

—Llevas encima las fotografías, así que sácalas y déjalas encima de la mesa, si no quieres que te saquen «fiambre» del local —añadió Kerrman amenazadoramente.

Hunt miró con fijeza a su interlocutor y supo que no bromeaba. Kerrman era muy capaz de apretar el gatillo, si no hacía lo que le ordenaba. Pero no tenía las fotografías encima, como suponía el otro.

La situación se había tomado inesperadamente crítica y Hunt no sabía solucionar el conflicto.

Inesperadamente, alguien lanzó una violenta exclamación a poca distancia. Una mujer protestó con vehemencia. Se oyó el restallante sonido de una bofetada.

Otra mujer chilló. De repente, una masa oscura cayó sobre la mesa.

Era una mujer joven, que gritaba desesperadamente, a la vez que profería horribles palabrotas. Hunt se dijo que no debía desaprovechar la ocasión y, con la mujer todavía encima de la mesa, perneando frenéticamente, ante el desconcierto de Kerrman,

se puso en pie.

Al mismo tiempo, agarraba la mesa con ambas manos. Inmediatamente hizo fuerza y la volcó, arrojándola con la mujer sobre Kerrman.

El hampón cayó de espaldas al suelo, con la mesa y la mujer encima lo que le hizo proferir una serie de juramentos, de los cuales salían muy mal parados los antepasados del joven. Pero Hunt no se entretuvo en escuchar las «finezas» que le dirigía Kerrman.

Sin perder un segundo, giró en redondo, para ir en busca de la salida. Un hombre intentó cerrarle el paso, pero alguien esgrimió una botella y lo dejó fuera de combate con un hábil golpe, del que se oyeron ruidos de cristales rotos.

—¡Vamos! —gritó la autora del botellazo—. Deprisa, antes de que sea demasiado tarde.

Hunt se sentía estupefacto, pero no por ello dejó de seguir el consejo de Alma cuya presencia en el local le resultaba inexplicable. Por otra parte, todo había sido muy rápido y la gente que atestaba la taberna no había empezado aún a reaccionar.

En pocos segundos, ganaron la calle. Una vez fuera, Alma le entregó la llave.

—Toma conduce tú.

El joven no se hizo de rogar. El coche de Alma estaba a poca distancia pero tardó unos segundos preciosos en abrir la portezuela y poner el motor en marcha.

Cuando arrancaban, Alma lanzó un grito:

—¡Nos va a seguir, Terry!

Hunt volvió la cabeza un instante. Kerrman, con aire de sentirse muy furioso, abría la portezuela de otro coche.

—Tendremos que correr, preciosa —dijo.

Pisó el acelerador y el automóvil pareció saltar hacia adelante. Pero a los pocos segundos, un vistazo al retrovisor le dijo que Kerrman se había pegado a sus talones y que no pensaba abandonar la persecución.

—Y, además, tiene una pistola —masculló.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

—Al menos, lo dijo. Yo no la vi, pero preferí creer en su palabra.

Alma se volvió en el asiento y contempló el coche que parecía ganar terreno.

—Nos va a alcanzar —vaticinó.

—No me atrevo a correr más —declaró el joven—. En cualquier momento nos puede ver una patrulla de la Policía y nos encontraríamos en un grave aprieto. Procuraré golpearle, si se pone a nuestra altura, para echarlo fuera de la calzada...

De pronto, Alma lanzó un grito:

—¡Terry, otro coche!

Hunt volvió a mirar por el retrovisor. Kerrman estaba solamente a unos metros de distancia, pero el otro coche, que había surgido misteriosamente, se había situado a su altura.

Una mano armada con una pistola surgió por la ventanilla de la derecha. La pistola vomitó tres o cuatro sonoros fogonazos, que semejaban los petardeos de una moto de gran cilindrada.

El coche de Kerrman empezó a desviarse hacia la derecha. Luego, de repente, viró en ángulo recto y se subió a la acera, atropellando con gran fragor un par de cubos de basura, para terminar estrellándose contra la pared.

El estruendo resultó espantoso. Hunt procuró dominar los nervios y se metió por la primera calle transversal que encontró en su camino. A su lado, Alma se mordía los puños nerviosamente.

La joven observó que el otro coche desaparecía por la misma calle, pero en sentido opuesto. El automóvil donde viajaba el asesino de Kerrman viró de nuevo, apenas encontró una nueva salida, y se perdió de vista.

—Creo... que ya no hay peligro... —dijo ella con voz insegura.

Hunt redujo gases y el coche perdió velocidad.

—Rodaremos normalmente; de este modo, no podrán relacionarnos con lo ocurrido —dijo.

Alma se hundió en su asiento, a la vez que emitía un largo suspiro.

—En mi vida había sentido tanto miedo —confesó.

—Podrías habértelo evitado, si te hubieras quedado en casa —rezongó él.

—Tú me dijiste lo que pensabas hacer, después de que te hospedaste en el hotel. Me pareció que debía ir a ver qué sucedía, después de tu entrevista con Kerrman. Recuerda que yo también estoy involucrada en este asunto.

—A ti nunca quisieron matarte, nunca te pusieron una bomba en

el coche. Todavía sigo con esa amenaza sobre mi cabeza. Quiero despejarla, para poder vivir tranquilo en el futuro, ¿entiendes?

—Bonita manera de agradecer la ayuda que te he prestado —se sulfuró Alma—. Me di cuenta de que estabas pasando un mal trago y empecé la bronca con una pobre chica, que no tenía nada que ver con aquello...

A pesar de sus problemas, Hunt no pudo contener una sonrisa.

—La verdad, fue una intervención muy oportuna —admitió—. Por supuesto, nunca sabré si Kerrman tenía o no una pistola, pero cuando un tipo de tu calaña te lo dice, resulta preferible creerle.

—¿Te pedía algo?

—Las fotografías que encontré en el apartamento de Ryle.

—Y no las tienes encima, claro.

—Están en lugar seguro.

—¿Dónde, Terry?

Hunt se puso a silbar distraídamente.

—No me lo quieres decir, ¿eh? —Adivinó Alma.

—Es preferible que lo ignores. Por cierto, encontré un sobre con negativos que no han sido positivados. Tendré que comprarme un manual de fotografía, para sacar yo mismo las copias. Como comprenderás, no puedo permitir que lo haga otra persona. Además, hubo un tiempo en que interesé por la fotografía y hasta llegué a tener un pequeño laboratorio propio, pero me cansé y acabé por dejarlo.

—Podrías montarlo en mi apartamento —sugirió la joven.

—Me lo pensaré, gracias.

—Positivar unos negativos es una tarea relativamente sencilla, creo.

—Lo sé, pero, por ahora, no me corre prisa. De momento, prefiero hacer otra cosa, hoy no, por supuesto.

—¿De qué se trata, Terry? ¿Puedo saberlo?

—Kerrman me dio un nombre. Parece que es el tipo que contrató o dirige a los dos sujetos que me llevaron a aquel viejo caserón, en donde se me ordenó matar a Parrington. Probablemente, iré a verle mañana.

—¿Podré acompañarte?

Hunt se volvió un instante hacia ella.

—¿Qué mosca te ha picado. Alma?

La joven hizo un encogimiento de hombros. —Ya no tengo nada que hacer— respondió.

—Claro, Parrington ha muerto...

—Y su viuda me llamó esta tarde, para anunciarme que quedaba despedida.

—Es lógico —dijo Hunt.

—Pero mi empleo era en la compañía, no era contrato personal con Parrington —exclamó ella con gran vehemencia—. Estoy segura de que fue Shiloh quién se lo aconsejó, ¿comprendes? Estaba allí, con la viuda, que tenía muy poco de afligida...

—Con lo que va a heredar, ya puede sentirse contenta —dijo Hunt sarcásticamente—. Por cierto, tienes que asistir a la lectura del testamento del difunto...

—El próximo martes —contestó Alma—. Terry, ¿por qué han matado a Kerrman?

Hunt se encogió de hombros.

—Habría que preguntárselo a él mismo —respondió—. O a su asesino. Pero ninguno de los dos nos dirá nada, claro. Una cosa es segura: no era un hombre decente. Los tipos como Kerrman suelen acabar de mala manera —concluyó filosóficamente.

CAPÍTULO VII

La secretaria le hizo esperar en el antedespacho. Era una muchacha joven y agraciada, que miraba a Hunt con ojos tiernos. Debía de ser nueva, porque él no la conocía, pero su mente estaba demasiado ocupada para fijarse en los guiños y carantoñas que le hacía la secretaria. Al fin, tras unos minutos de espera, se oyó la voz de Throgmorton a través del interfono:

—Señorita, diga al señor Hunt que puede pasar.

—Bien, señor.

La joven se levantó, como para abrir la puerta del despacho. Algo se le cayó de pronto y se inclinó para recogerlo, completamente de espaldas al visitante. Hunt sonrió al darse cuenta de la acción de la secretaria, ansiosa, según parecía, de mostrar sus encantos.

Conteniendo las ganas que sentía de dar una palmada en aquel atractivo trasero, avanzó hacia el despacho y abrió la puerta. Throgmorton se puso en pie al verle.

—Amigo Hunt —dijo, a la vez que le tendía la mano—, no sabe cuánto agradezco que haya acudido a mi llamada. La verdad es que me siento muy avergonzado por la decisión que tomé en un momento de irreflexión y espero que sepa disculparme.

—¿Usted cree? —contestó Hunt, receloso por una acogida que estimaba demasiado benévola.

Throgmorton le ofreció un cigarro, que él rechazó, y luego se fue hacia la mesa del fondo, donde había una bien surtida batería de copas y botellas.

—Al menos, acépteme el trago de la reconciliación —dijo—. Porque pienso ofrecerle de nuevo un empleo en mi compañía y confío en que querrá aceptarlo. Repito que estoy arrepentido de lo que hice y me gustaría compensarle por una acción estúpida.

Llenó dos vasos y se acercó al joven, para entregarle uno. Hunt

lo tomó, pero no dio señales de querer probar el *whisky*.

—Ha dicho que piensa readmitirme de nuevo —sonrió.

—En efecto, con un diez por ciento de aumento sobre su sueldo anterior, un puesto mejor y, naturalmente, abonándole los meses que ha pasado fuera de la empresa. Consideraré que se tomó unas vacaciones y daré orden para que le paguen todo lo que dejó de cobrar. ¿Qué me contesta?

Hunt reflexionó unos instantes.

Aunque siempre había estado contento de su empleo, en el fondo, Throgmorton no había acabado de agradarle nunca como jefe. Aún recordaba la última y borrascosa entrevista que sostuvieron, el día en que fue despedido, en que estuvieron a punto de pegarse, y aquel inesperado cambio de actitud le hacía sentirse receloso, por más que se dijera que no había motivos para ello.

Además, Throgmorton no había mencionado en absoluto las causas del despido. «Claro que no es para sentirse orgulloso», pensó.

—¿Y bien? —dijo Throgmorton, impaciente por el silencio del joven.

Hunt le miró un instante. Throgmorton era un hombre más alto que él, robusto, de cara sanguínea y ojos diminutos, apuesto a primera vista, pero sus facciones expresaban, le pareció, astucia y doblez. ¿Por qué tenía que pedirle perdón ahora, al cabo de unos meses, cuando ya todo parecía olvidado?

Pero quizá se había vuelto demasiado suspicaz. Sonriendo, dijo:

—En estos momentos, estoy ocupado con una tarea que me absorbe todo el tiempo disponible. No podría, por tanto, desempeñar mi trabajo con la eficiencia que usted se merece, señor Throgmorton, y...

—Bueno, hombre, eso no es inconveniente. Pueda esperar perfectamente unos días... o, si lo prefiere, un par de semanas, ¿eh?

Throgmorton volvió a su mesa, tomó un rectángulo de papel y se lo entregó al joven. —Aquí tiene— dijo—. Los sueldos atrasados, más el del mes, con el aumento prometido, claro.

Hunt leyó el cheque. La cifra total ascendía a casi cinco mil dólares. Estuvo tentado de rechazarlo, pero acabó por guardarlo en un bolsillo. —La semana próxima le haré saber mi decisión— dijo al cabo.

—Bastará con que avise a *miss* Watson, mi secretaria. Entonces,

ya podrá volver a su despacho, amigo Hunt.

«Amigo Hunt ahora. Y antes...», pensó amargamente.

—Gracias, señor Throgmorton —se despidió.

Al salir del despacho, se acercó a la mesa de la secretaria. Ella parecía muy ocupada en buscar algo en el interior de un escote con muchos atractivos.

—*Miss Watson...*

—Penny, señor —dijo ella, sin mirarle—. ¿En qué puedo servirle?

—Pronto volveré a esta casa. Me han readmitido nuevamente.

—Lo sabía. Aquí se ha hablado de usted mucho y bien, señor.

—Muchas gracias, *miss Watson*.

—Pero hay algunas cosas que no puedo contarle ahora. Tengo mucho trabajo, ¿sabe? —añadió ella.

Penny se arregló la parte superior del vestido y le miró con fingida ingenuidad. Luego, sin pronunciar una palabra, alargó un papelito a través de la mesa.

Hunt leyó una dirección y un número de teléfono. Guardó el papel y se encaminó hacia la puerta.

—Muchas gracias por todo, *miss Watson*.

—Cuando termino de trabajar, siempre regreso directamente a mi casa —indicó la secretaria, a la vez que insertaba una hoja de papel en el rodillo de la máquina de escribir.

El aspecto de Penny Watson había cambiado radicalmente a las siete de la tarde. Ahora tenía el pelo suelto y largo sobre los hombros, y vestía un aparatoso peinador de encajes negros, debajo del cual sólo había una minúscula prenda del mismo color, en torno a unas opulentas caderas. Miró al visitante y sonrió de un modo especial.

—Oí contar algunas cosas de usted y la señora Throgmorton —dijo.

—En ciertos lugares, los comentarios maliciosos están a la orden del día —respondió él, mientras cruzaba el umbral del apartamento.

—Con bastante fundamento, según creo. ¿Qué te apetece tomar, Terry?

Penny tenía ya preparadas las bebidas. Hunt se sentó en un espacioso diván y cruzó las piernas, mientras ella quedaba en pie,

apoyada con aire negligente en el respaldo de un sillón de orejeras.

—Dijiste esta mañana que algunas cosas no se podían contar en la oficina —le recordó él, después de un par de tragos.

—Y has venido a enterarte.

—Si eres tan amable...

—Terry, dime, ¿qué pasó exactamente entre tú y la señora Throgmorton?

—¿Eres aficionada a los relatos eróticos? —preguntó él irónicamente.

—Contéstame, por favor. Puede resultar más interesante de lo que tú mismo piensas. Por un instante, Hunt se sintió acometido por extrañas dudas. ¿Y si Penny actuaba siguiendo instrucciones de Throgmorton?

Pero el lío con la ardiente mujer de su jefe había sido sólo una fugaz llamarada, que había durado apenas el corto espacio de una noche. Otros habían disfrutado por más tiempo de los innegables encantos de la casquivana señora Throgmorton.

—Está bien, si no quieres hablar, te lo diré yo —exclamó Penny, rompiendo el silencio que se había producido tras sus últimas palabras—. Tu jefe, se encuentra en una situación bastante crítica.

Hunt alzó las cejas.

—Hoy me dio un cheque. No parece andar escaso de numerario —objetó.

—Yo no me refiero a eso exactamente, aunque puede que las finanzas no le marchen demasiado bien en los últimos tiempos. Pero he oído decir que Throgmorton es hombre capaz de rehacerse con facilidad... No, sus problemas son de otra índole.

—¿Por ejemplo?

—Su mujer.

Hunt soltó una risita burlona.

—Cada vez que pienso en ella, me pregunto cómo fue capaz de pasar la noche de bodas con su esposo y no con otro hombre —dijo—. Su infidelidad es algo tan notorio como las fiestas de Navidad. Si no sabes decirme algo más... —Puedo decírtelo. El quiere el divorcio. Ella no accede.

—¿Por qué? Throgmorton tiene motivos más que suficientes para ganar un pleito, si se lo propusiera.

—Pero habría escándalo y eso no le conviene.

—Es posible, aunque, hasta ahora, no has dicho nada de importancia. Hay muchos en la misma situación, Penny.

—Throgmorton tiene un lío con otra mujer.

—¿De veras?

—Y yo los he visto juntos.

—¡No me digas!

Penny dio un fuerte taconazo en el suelo.

—¡No te burles de mí! Te aseguro que todo lo que digo es pura verdad.

—Penny, yo te creo, pero pienso que lo que me has contado no tiene demasiado interés.

Si a Throgmorton le engaña su mujer, me parece lógico que se desquite con otra.

—Oh, claro que sí, pero entonces, ¿por qué la otra tiene tanto interés en ocultar su identidad?

—¿Sí?

—Ella quería ocultar su identidad, y lo consiguió, pero a cambio de ser capaz de llamar la atención en medio de una muchedumbre. Vestía enteramente de negro y llevaba un sombrerito con un velo negro, muy espeso, como una conspiradora de los tiempos antiguos. Se encontraron en el reservado de un bar no muy elegante..., aunque tampoco un tugurio, por supuesto.

—Y tú estabas allí.

Penny sonrió.

—La dueña es mi hermana. A veces, la ayudo en el mostrador —explicó.

—Ah, comprendo. De modo que Throgmorton está liado con la dama de luto. ¿Sabes quién es?

—En absoluto. Mi hermana me ha dicho que se han entrevistado varias veces. Ella viste siempre de la misma manera y, aunque las ropas son sencillas, se ve a la legua que son caras, de mucho precio. Tiene dinero, es indudable; no hay más que ver la sortija que lleva, con un rubí tan gordo como la uña del pulgar, y la pulsera de diamantes, que debe de valer una millonada, con un colgante que tiene sus iniciales j también en rubíes.

—¿Cuáles son esas iniciales?

—Lo siento, no se las he podido ver bien. No iba a meter las narices allí, en el reservado. Pero, por la forma del dibujo, me

parecieron iniciales de un nombre. —El de la misteriosa dama de luto.

—Sí, Terry.

Hunt vació su copa y se puso en pie.

—Gracias por todo, Penny. Eres una chica muy simpática... —
¿No tienes nada más que decirme?— se sorprendió ella.

—Creo que ya está dicho todo —sonrió Hunt.

—Bien... Yo pensé que... tú...

Penny se abrió ligeramente la bata. Hunt comprendió el sentido de la insinuación y, aunque ella era una mujer con muchos atractivos, no tenía el menor deseo de iniciar una relación que pudiera tomarse en algo fastidioso más adelante. Unos momentos de placer no le compensarían de otros seguramente no tan agradables en el futuro. Pero no quería decepcionarla y, sonriendo, la abrazó. Ella entreabrió sus labios invitadoramente.

Hunt acercó su boca a la de Penny. De súbito, dio un respingo.

—¡Mi mujer! —exclamó.

—¿Qué? —se alarmó la joven.

Hunt corrió hacia la puerta.

—Es terriblemente celosa y me habrá seguido... Tiene un genio horroroso y una vez estuvo a punto de matar a una chica, sólo porque me miró con ojos tiernos...

Abrió y salió al corredor precipitadamente.

—Otro día, Penny. Adiós.

La joven se quedó atónita, incapaz de reaccionar.

—Vaya fracaso —dijo al cabo de unos momentos—. Nadie me dijo que era un hombre casado...

En la calle, Hunt emitió un largo suspiro de alivio.

—Menos mal que se me ha ocurrido una idea salvadora —
murmuró. Luego se acordó de algo que había oído a Penny—. ¿Quién será la fulana de Throgmorton? —se preguntó.

—¿Estás seguro que Throgmorton tiene una querida? —inquirió Alma, después de retirar los platos de la cena con que había obsequiado a su visitante.

—Al menos, eso es lo que me dijo su nueva secretaria. —Te citó a su casa y acudiste...

—Me pareció podría resultar interesante.

—La verdad, no sé qué relación puede tener el lío de

Throgmorton con tu caso, Terry —dijo la joven.

—Throgmorton me había pedido que fuese a verle. Quiere readmitirme, me subirá el sueldo y me ha pagado los meses que no trabajé.

—Es justo, me parece.

Hunt hizo una mueca.

—No sé... Es un tipo muy astuto... No me gustaría que me hubiese tendido una trampa.

—¿Qué clase de trampa, Terry?

—Yo supervisaba los libros de la empresa. Si hay irregularidades y quiere que yo las disimule... ¿Comprendes?

—Sí, pudiera suceder. En tal caso, lo del lío con la dama de luto, como tú dices, no tendría importancia para ti.

—Son chismes que se cuentan en las oficinas. Ella, tal vez, es una mujer de elevada posición y no quiere que se conozca su identidad.

—Hasta que él consiga el divorcio.

—Exactamente.

—Bueno, eso a ti, en todo caso, no te afecta. ¿Qué más te dijo la secretaria?

Hunt pensó un instante en la cara de sorpresa que había puesto Penny y ocultó una sonrisa.

—Nada —contestó—. Sólo quería contarme esas habladurías.

Alma le dirigió una mirada oblicua.

—¿No hubo nada más, Terry? ¿Seguro?

—¿Te gustaría una respuesta afirmativa?

—Me dejaría indiferente.

—Entonces, ¿por qué lo has preguntado?

Ella se echó a reír.

—Tienes razón; fue un exceso de curiosidad, una impertinencia por mi parte.

Perdóname.

—En tal caso, te diré que no ha pasado absolutamente nada entre *miss* Watson y yo. Hunt consultó su reloj.

—Son casi las diez de la noche y me gustaría hacer una visita a Tom Raffer *el Dientes*. —Quieres saber por qué le han dado ese apodo— sonrió la joven.

—¿No te gustara a ti también?

—Me permitirás que me arregle un poco, supongo —dijo Alma.

—La Copa de Rubí no es precisamente el teatro de la Opera —indicó Hunt.

—Entiendo. No te preocupes; no llevaré una indumentaria que me haga parecer una princesa de cuento de hadas. Unos minutos más y seré contigo enseguida.

Hunt se arrellenó en una butaca.

—No tengas prisa; La Copa de Rubí no es una taberna con ruedas —dijo apaciblemente.

CAPÍTULO VIII

Tenía mejor aspecto del que habían esperado y la clientela no parecía estar compuesta por hampones y prostitutas. Las camareras vestían correctamente y atendían con rapidez y discreción.

Hunt pidió un par de copas. Cuando la camarera trajo el pedido, él enseñó un billete de cinco dólares.

—¿Cómo podríamos hablar con el señor Raffer? —preguntó.

El billete desapareció en el escote de la mujer.

—Ahora no está —contestó.

—¿No vendrá esta noche?

La camarera se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó.

Hunt se volvió hacia la muchacha, con cara de circunstancias. —Aguardaremos un rato— propuso.

Alma hizo un gesto de aquiescencia. —No nos queda otro remedio— contestó.

Transcurrió media hora. De pronto, la misma camarera que les había atendido en el primer momento, se acercó a ellos.

—El gerente personal del señor Raffer me encarga les diga que enseguida podrán hablar con él. ¿Tienen la bondad de seguirme?

Hunt se puso en pie y tendió la mano a la muchacha. Atravesaron el local, hasta llegar a una puerta, en la cual aguardaba un hombre de mediana estatura y aspecto comerte.

—Soy Slim Chain —se presentó—. Una camarera me ha dicho que quieren hablar con mi jefe.

—Si se llama Tom Raffer, en efecto —respondió Hunt.

Chain hizo un gesto con la mano.

—Por favor, síganme. Mi jefe está ocupado, pero les recibirá dentro de unos minutos y me ha encargado les atienda mientras tanto.

—Es usted muy amable, señor Chain —dijo el joven

cortésmente.

Chain les condujo a lo largo de un estrecho pasillo, escasamente iluminado, construido en dos etapas, a la segunda de las cuales se accedía por una escalera de seis peldaños. El pasillo doblaba a la izquierda en ángulo recto, pero allí era ya mucho más corto y terminaba en una puerta, que Chain abrió con una mano, apartándose para que los dos jóvenes pudieran pasar al otro lado.

—Aguarden aquí, por favor.

Hunt y Alma cruzaron el umbral. Chain volvió a la puerta. Segundos después, se oyó el ruido de una llave al girar en la cerradura.

—Terry, ¿por qué nos cierran con llave? —Peguntó, aprensiva.

Hunt frunció el ceño. Al acercarse a la puerta, apreció que era de sólidos paneles de madera. Golpeó un par de veces y el sonido le dijo que, seguramente, bajo la madera, había una plancha de metal como refuerzo.

—Esto no me gusta en absoluto —masculló.

Por si fuese poco, la puerta no tenía cerradura interior. Al cabo de unos segundos, se volvió para examinar el cuarto al que habían sido conducidos.

Las paredes aparecían desnudas. En un rincón, se veían unos cuantos cajones de madera, vacíos, indudablemente. Al fondo, había una pequeña ventana, de anchura insuficiente para permitir el paso de una persona.

A la derecha había un gran armario, de maderas viejas, pero en buen estado. Una lámpara, sin pantalla, colgada del techo, era la única fuente de luz del lugar.

—Esto es una encerrona, Terry —dijo Alma, muy asustada.

Hunt asintió. Ignoraba los motivos por los cuales les hada conducido Chain a aquel lugar, encerrándolos luego bajo llave, pero no podía ser para nada bueno.

De pronto, se oyeron voces en el exterior.

—¿Están ahí? —preguntó alguien.

—Han caído como pajaritos —contestó Chain con una risita.

—Tendremos que llamar a los chicos para que se los lleven, pero a la madrugada. Déjalos encerrados y no les digas nada, ¿entendido?

—Descuide, jefe.

—Mientras, yo hablaré con mi amigo. Tenemos que discutir cierto asunto, que todavía no se ha resuelto a mi satisfacción.

Las voces se alejaron. Aunque la puerta era gruesa, sin duda no encajaba bien en un marco ya antiguo y ello les había permitido oír sin dificultades el corto diálogo entre Chain y el hombre que, sin duda, era Raffer.

Alma le miró angustiada. Hunt se mordió los labios, indeciso.

—Van a venir a buscarnos —dijo al cabo de unos instantes.

—Nos matarán...

—Raffer se refería a los chicos. Seguramente, son los mismos que me llevaron al caserón de la calle Wallis.

—Son gente sin escrúpulos, Terry. ¿No puedes hacer nada?

Hunt se volvió para examinar el cuarto una vez más. De pronto, se acercó al armario y abrió una de las puertas, dándose cuenta de que estaba construida con paneles de madera muy gruesa.

Entonces ocurrió algo sorprendente. Al abrir la puerta, otra se abrió simultáneamente en el fondo del armario.

Alma emitió un leve grito de sorpresa. Hunt se quedó quieto unos momentos hasta que, reaccionando, entró en el armario y cruzó la otra puerta.

Había allí un cuarto algo más pequeño, con una cama una mesita, una silla y, tras unas cortinas, un aseo. Al fondo se divisaba aún otra puerta más que aparecía cerrada.

—¿Qué es esto, Terry? —preguntó la muchacha, que le había seguido inmediatamente.

Hunt probó la puerta del cuarto y, al cerrarla, observó que se cerraba también la del armario. Pero entonces divisó una especie de picaporte en la del armario y, entrando de nuevo, lo movió hacia abajo.

La puerta del armario quedó cerrada y también la del cuarto, de modo que el Joven quedó en el interior. Volviéndose, tanteó la puerta del cuarto, pero no pudo encontrarla, porque parecía la pared del fondo del armario, cosa que apreció a la luz de su encendedor, ya que se había quedado completamente a oscuras.

Levantó el picaporte de nuevo, pero no abrió la puerta exterior. Alma, terriblemente nerviosa, abrió la otra.

—¡Terry!

—Estoy aquí —dijo el joven, saltando al suelo de la segunda

habitación—. Me quedé atrapado... pero ahora ya sé cuál es la utilidad de este cuarto y lo que significa el mecanismo del armario.

—A ver, explícate. Me muero de curiosidad.

—Este cuarto está destinado a esconder a algún fugitivo de la justicia, naturalmente a buen precio. Es posible que Raffer esconda también, en ocasiones, alguna mercancía prohibida.

—Nosotros somos ahora esa mercancía, Terry —dijo ella, amargamente.

—Aún estamos vivos —contestó Hunt—. En un registro, la Policía verá un armario corriente, pero no se les ocurrirá pensar que hay una falsa pared y que al otro puede estar el delincuente o la mercancía que buscan. ¿Lo has entendido?

—El precio de este hotel no será barato —supuso Alma.

—Por fortuna, tú y yo no tenemos que pensar en la factura. Pero vamos a ver si podemos escapar de aquí...

—¿Cómo, Terry? —dijo la joven, muy afligida—. No hay ventanas que den a la calle...

—Pero hay una puerta y debe de dar a alguna parte.

La puerta estaba cerrada con llave, pero era mucho más sencilla que las otras. Hunt sacó su navaja de los mil usos y, en pocos minutos, consiguió quitar la cerradura.

Al otro lado se iniciaba una angosta escalera, que terminaba en un descansillo, finalizado a su vez en otra puerta. Hunt usó de nuevo su navaja y, una vez hubo abierto, pudo respirar el aire libre de la noche, junto con la muchacha.

—Me siento maravillada —dijo Alma—. ¿Qué clase de milagro has obrado, Terry? —Como dijo no sé quién, la necesidad aguza el ingenio— rió el joven. —Pero vámonos ya... aunque, de todas formas, no me gustara irme sin dar un buen disgusto a ese bribón de Raffer.

—¡Terry! Tú no estás armado, ni sabes pelear...

Hunt se tocó la frente con el índice.

—El cerebro es la mejor arma —respondió.

Miró a derecha e izquierda. Estaban en un estrecho callejón, lleno de cubos de basura y cajones vacíos y desvencijados. Las luces de la calle brillaban a poca distancia. —Vámonos— dijo al cabo de unos segundos.

Al salir del callejón, vieron el rótulo luminoso del local a su

derecha. De pronto, Hunt corrió hacia una de las ventanas y miró hacia adentro.

Chain hablaba con un hombre junto al mostrador. Dos más aguardaban a unos pasos de distancia. Hunt los reconoció en el acto.

—Malditos asesinos... —dijo entre dientes.

Alma le tocó en un brazo.

—Vámonos, por favor —rogó, angustiada.

Hunt se volvió hacia ella.

—Espérame en el coche, con el motor en marcha —ordenó.

—¿Qué vas a hacer...?

—No preguntes. ¡Obedece!

Alma echó a correr instantáneamente. Hunt vio un cubo de basura a pocos pasos, del que sobresalía un periódico arrojado allí, tras su lectura por el comprador.

Seguramente, pensó, Raffer aguardaría a que el local quedase vacío, para ordenar a sus esbirros que los sacasen de su encierro, al objeto de llevarlos a algún lugar donde no pudieran ser encontrados jamás.

—Ese tipo no se imagina la sorpresa que le voy a dar —masculó, a la vez que sacaba su encendedor.

El local rebosaba de gente. Hunt encendió el periódico, aguardó unos instantes a que las llamas hubiesen tomado incremento y luego, abriendo la puerta, lo arrojó ardiendo al interior, a la vez que lanzaba un grito atronador.

—¡Fuego, fuego!

La gente vio aquella masa de llamas, oyó los gritos del joven y nadie se paró a reflexionar sobre lo que realmente ocurría.

Raffer y Chain se quedaron atónitos, pero, enseguida, conocieron la realidad y trataron de imponer orden y cordura a la clientela, aunque sin conseguirlo.

La estampida humana arrolló a los dos sujetos en su desesperado intento de alcanzar la calle. Las mesas se volcaban y las sillas caían hechas pedazos. Cientos de vasos y botellas saltaron y se estrellaron contra el suelo. Algunos rompieron las ventanas que daban a la calle, en su frenético deseo de salvar la vida.

Hunt, sentado ya junto a la muchacha, contempló sonriendo el resultado de su estratagema.

—Venganza, placer de dioses —rió la joven.

—Sólo ha sido un aperitivo —contestó Hunt, ceñudo.

—¿Qué quieres decir?

—Vine a hablar con Raffer, pero no pude conseguirlo. Volveré en otro momento.

Alma no dijo nada, pero pisó el acelerador y se apartó de un lugar que hervía de gente. Ya se oían sirenas de coches de patrulla, que acudían al tumulto originado por la falsa alarma de fuego.

El local había quedado poco menos que arrasado. Raffer pagaría caro lo que les había hecho, pensó Hunt, satisfecho, pero sólo a medias.

—Alma llévame al hotel —dijo al cabo de unos momentos.

—Tengo una habitación para huéspedes en mi apartamento —indicó ella.

—La puerta de tu dormitorio tiene llave, supongo.

—Supones bien, Terry.

—Era sólo simple curiosidad, Alma.

—Daré dos vueltas de llave...

—No será necesario. ¿Quién te crees que soy, un obseso sexual?

—Perdona, no quise ofenderte...

—Quizá sea yo el que tenga que encerrarme en el cuarto de huéspedes.

Alma se echó a reír.

—¿Sabes una cosa. Terry? Eres un chico encantador. Retiro la invitación.

—¿Temes caer?

—Procuro evitar situaciones... comprometidas. —Algún día caerás. Alma—. ¿Lo crees así?

Hunt hizo un gesto afirmativo.

—No soy de esas chicas complacientes, que dicen sí enseguida —dijo la joven.

—Eso ya lo sabía pero hasta las chicas ariscas dicen sí en alguna ocasión.

—Terry, no intentes lo que no vas a conseguir.

—Mujer desconfiada...

—Prevenida, Terry —rectificó ella.

—Para aquí —ordenó Hunt repentinamente.

Alma frenó. Cuando el coche se hubo detenido. Hunt se apeó,

inclinándose para mirarla a través de la ventanilla.

—El hotel está a un par de manzanas solamente. No quiero que te dé desvíes por mí —dijo.

Y, antes de que ella pudiera replicar, Hunt dio media vuelta y echó a andar con rapidez, perdiéndose en las sombras de una calleja próxima.

CAPÍTULO IX

Hunt había ocultado sus verdaderos propósitos a la muchacha. Recorrió a buen paso la calleja, salió al otro lado y caminó en sentido opuesto, hasta llegar a las inmediaciones de La Copa de Rubí.

Situado en un lugar discreto, como un curioso más, presencié el espectáculo, hasta que la animación empezó a decrecer y se retiraron los innecesarios coches de bomberos y de la Policía. Desde su observatorio, vio a Raffer que dirigía las operaciones de restauración del local, cosa que quedó concluida poco después, ya que los desperfectos no se podrían reparar en una sola noche.

Los últimos empleados empezaron a salir del local. Hunt comprendió que Raffer iba a cerrar y se deslizó hasta el callejón utilizado en su huida.

Momentos después, penetraba de nuevo en el edificio. Subió cautelosamente las escaleras y llegó al cuarto-refugio, en el que nadie parecía haber tocado nada. Las cerraduras no habían sido reparadas siquiera.

Sonrió al adentrarse de nuevo en el armario. Movié el picaporte de la puerta exterior y abrió ligeramente, pero se contuvo en el acto, porque acababa de oír voces en el supuesto cuarto de trastos viejos.

—Necesito un teléfono, Slim —ordenó Raffer—. Aquí hay una conexión. Tráeme uno inmediatamente.

—Está bien, jefe.

Chain volvió a los pocos momentos y conectó el cable telefónico. Raffer agitó una mano.

—Puedes irte. Nos veremos mañana.

—Muy bien, buenas noches.

Raffer se quedó solo, ignorante de que estaba siendo observado desde el armario. Hunt se dio cuenta de que el sujeto aguardaba

hasta tener la seguridad de que estaba completamente solo. Entonces, Raffer marcó un número de teléfono.

Esperó casi un minuto. Luego, Hunt le oyó hablar ásperamente:

—No se queje porque le despierte a estas horas —exclamó—. No podía hacerlo antes, ¿comprende?

El otro dijo algo que Hunt no pudo escuchar. Raffer volvió a hablar:

—Un gracioso ha provocado una alarma de fuego y tengo el local hecho una ruina. Creo que es el mismo que usted mencionó hace poco... Sí, sí, ya sé que tengo que apretarle las clavijas... Usted piensa que es él quién se llevó las fotografías, pero yo no estoy tan seguro...

Raffer calló de nuevo. Permaneció silencioso unos instantes y de nuevo tomó la palabra:

—Yo no tengo la culpa de que el tipo se entretuviese demasiado en casa de Parrington y que un desaprensivo ocupase su puesto en el coche. Está vivo y eso es lo que cuenta, aparte de que ha sabido ser más listo que nosotros y ahora tiene las fotografías...

Repentinamente. Hunt vio algo que le heló la sangre en las venas.

Por la puerta que daba al salón, se vio asomar una mano armada con un revólver.

Quiso gritar, pero tenía la lengua pegada al paladar. El revólver escupió un fogonazo. Raffer saltó convulsivamente, dejando caer el teléfono. Estremeciéndose de forma espantosa, trató de girar, mientras se esforzaba por sacar un arma. El revólver disparó de nuevo.

Esta vez, el proyectil atravesó el cráneo de Raffer, quien se desplomó como un fardo.

La mano y el revólver desaparecieron. Hunt, prudente, no intentó siquiera perseguir al asesino.

El ruido de los disparos, calculó, no habría sido oído abajo, aparte de que ya no debía de quedar nadie más en el local. El asesino debía de haberse escondido en alguna parte, aguardando la ocasión propicia para eliminar a Raffer.

Al cabo de unos minutos, se dispuso a emprender la retirada por el mismo camino. Alguien se llevaría una sorpresa al día siguiente, cuando se descubriese el cadáver de Raffer.

Antes de marcharse, echó una última ojeada al cadáver. Raffer tenía la boca desmesuradamente abierta. Sus dientes superiores asomaban, como los de un caballo.

El apodo, pensó, había sido enteramente merecido.

Y el final, también, era el que se merecía un hombre de su calaña.

Dormía como un tronco, cuando, de pronto, le despertó el estridor del teléfono.

Somnoliento todavía, alargó el brazo y descolgó el aparato.

—Las llamas eternas del infierno para el que me despierta a estas horas —dijo.

—¡Terry, son más de las once de la mañana! —exclamó Alma desde su casa.

—Podrían haberme dado en tu cama —rezongó él—. Hubiera resultado mucho más agradable...

—Creo que no pusiste demasiado interés en conseguirlo —contestó la joven.

—No me hagas reír, mujer de hielo. Ahora, cuelga y déjame seguir durmiendo. Anoche me acosté muy tarde. —¿Dónde estuviste, Terry?

—Oh, vino una amiga a visitarme y pasamos la noche en vela, ya puedes imaginarte cómo.

—No te creo —dijo ella—. Vamos, cuéntame la verdad y yo te diré algo que ignoras.

—Sin duda, te refieres a ese lunar tan bonito que tienes en la cadera izquierda...

—He dicho «te diré», no «te enseñaré» —corrigió Alma, muy irritada.

—Es verdad, estamos hablando por teléfono, sin pantalla de video... Entonces, si no es el lunar, ¿qué otra cosa es?

—Raffer ha sido asesinado. Acabo de oírlo por la radio.

—El Señor tenga piedad de su alma —dijo Hunt con fingido acento piadoso.

—Terry, esto no es cosa de broma...

—Un asesinato nunca lo es —contestó él gravemente—. ¿Era eso todo lo que tenías que decirme?

—¿Te parece poco?

Hunt ahogó un bostezo.

—Tengo sueño —contestó.

—Está bien, vete al... Yo sólo quería ayudarte, pero ya veo que tú me desprecias... Alma colgó bruscamente y Hunt se echó a reír. Sin prisas, se levantó, fue al baño y, tras el aseo, se vistió y salió a la calle.

Media hora más tarde, llamaba a la puerta de la joven. Alma abrió y se lo encontró apoyado junto a la puerta, con aire negligente.

—Tengo hambre —dijo él tranquilamente—. ¿Me invitas a desayunar?

—Más bien a almorzar. Anda, entra.

El tono de Alma era frío, pero no le había dado con la puerta en las narices, pensó Hunt.

Entró en el apartamento y la siguió hasta la cocina.

—¿Qué más ha dicho la radio? —preguntó él.

—Muy poco. Murió de dos balazos, nadie sabe quién lo hizo, se sospecha puede tratarse de un ajuste de cuentas... Chain dice que no tiene la menor idea de quién pudo hacerlo...

—Yo tampoco, sólo le vi la mano con el revólver. Me refiero al asesino, claro.

Alma se volvió rápidamente.

—¿Tratas de decirme... que estabas allí, cuando... sucedió...?

Hunt hizo un gesto de aquiescencia.

—No tuve a ninguna chica en mi cama —respondió.

—Entonces, volviste...

—Usé el mismo camino secreto. Raffer se hizo traer un teléfono al cuarto donde nos encerraron y habló con alguien cuyo nombre no pronunció un solo instante. Pero el tema de la conversación eran las fotografías de Ryle.

—¿De veras?

—Saben, o sospechan, pero ya tanto da, que yo tenga esas fotografías. Naturalmente, quieren conseguirlas.

—Las tienes escondidas.

—Sí.

—En tu lugar, yo las quemaría, Terry.

—Por ahora, prefiero guardarlas. Hay algunas muy interesantes. Y, recuerda, quedan algunos negativos por positivar. Luego saldré a comprar los materiales...

—Terry, hoy es domingo.

Hunt se dio una palmada en la frente.

—¡Caramba, cómo pasa el tiempo! —exclamó—. Pasado mañana es la lectura del testamento, ¿no?

—Así es —confirmó Alma—. Bueno, siéntate; te serviré huevos con tocino, café, galletas, mantequilla... ¿Algo más?

Hunt la contempló maliciosamente.

—No, gracias —contestó.

Almorzó con buen apetito. Al terminar, se repantigó en la silla y puso las manos tras la cabeza.

—Alma, estoy pensando en una cosa...

—No —dijo ella rápidamente.

—Demonios, tú siempre piensas que yo pienso continuamente en... eso. Pero ahora no es cierto.

—No te creo, Terry.

Hunt se puso en pie, sin inmutarse.

—De todos modos, después de lo que hubo entre tú y Ryle, ¿quién querría...? —dijo desdeñosamente, a la vez que caminaba hacia la puerta de la cocina.

Atravesó la sala sin volver la cabeza atrás. Cuando ya iba a salir del apartamento, sintió la mano de la joven en su brazo.

—No te marches, Terry —dijo Alma, con los ojos bajos y las mejillas encendidas.

—Si me lo pides...

—Me he portado muy mal contigo, lo reconozco y te pido perdón. A veces, mi genio me juega malas pasadas, ¿comprendes?

—Está bien, olvídalo. De todos modos, tenía que marcharme.

—¿Para ver a Chain?

Hunt hizo un gesto afirmativo.

—Es algo pronto, ¿no te parece? —dijo ella.

—Ya lo sé, pero aguardaré a que sea la hora apropiada en otro sitio.

—Puedes esperar aquí, Terry.

—Vamos a eliminar ciertos riesgos, encanto. Riesgos para ti, naturalmente.

Abrió la puerta y salió del apartamento, sin que Alma opusiera la menor objeción. Hunt se sentía un tanto furioso con la joven, pero, al mismo tiempo, se dijo que no debía tomárselo demasiado

en serio. Acabó por encogerse de hombros.

—No es la única mujer en el mundo —se dijo, segundos más tarde, mientras alzaba la mano para detener un taxi.

El lugar elegido había sido mencionado por la atractiva secretaria de Throgmorton. La hermana de Penny era una guapa mujer de unos treinta y cinco años, de abierta sonrisa y ojos chispeantes, quien se mostró sumamente acogedora cuando el joven mencionó sus relaciones con Penny.

—Alguna vez me habló de usted, a pesar de que no había llegado a conocerle, señor Hunt. Penny dice que, con usted, la empresa estaría mucho mejor gobernada.

—Penny exagera —rió el joven, halagado—. Pero, por favor, me llamo Terry. Y ahora que recuerdo, Penny no me dijo cómo se llamaba usted...

—Nina.

—Envidio a su marido, Nina.

Ella se echó a reír.

—No le envidie, Terry. Está en el cementerio.

—Lo siento...

Nina se encogió de hombros.

—Yo no lo sentí en absoluto. Era un mal hombre, pero, a veces, cometemos errores y es preciso soportar las consecuencias. — Bueno, en todo caso, ahora está libre.

—Sí, afortunadamente. Bebía en exceso, derrochaba el dinero que ganábamos aquí... y un buen día, cruzó la calle con el semáforo de peatones en rojo.

—Paz a su alma, Nina, y a usted, larga vida.

Hunt contempló el atractivo escote de la mujer y sonrió.

—Sí, muy larga vida —añadió.

—Gracias, Terry. Por cierto, aún no me ha dicho qué quiere beber...

—Es un poco temprano todavía. Nina, su hermana me habló de cierta pareja que viene a reunirse aquí en algunas ocasiones.

—Creo que hoy vendrán —respondió la dueña del local—. Se lo oí decir el otro día, cuando se despedían.

—Me gustaría esperarles en un sitio donde no pudiera ser visto. El me conoce...

Nina hizo un gesto con la mano.

—Tengo un observatorio estupendo —dijo—. Acompáñeme, se lo ruego.

Había un camarero cerca y ella le ordenó que atendiese el local. Nina caminó hasta el fondo, abrió una puertecita y subió por una escalera, que daba a una habitación situada en el primer piso. Hunt la siguió y pudo apreciar que era un lugar agradablemente decorado, provisto, incluso, de un pequeño cuarto de baño. Nina se acercó a la pared situada en el lado opuesto y movió un cuadro que representaba un paisaje campestre.

Hunt divisó entonces una ranura de unos quince centímetros de largo por dos de ancho, a través de la cual se dominaba la mayor parte del local.

—¿Qué le parece el observatorio? —preguntó Nina, sonriendo.

Hunt se acercó a la ranura y contempló el interior del bar. Ella estaba a su lado, muy próxima, intensamente perfumada, y el joven percibió la calidez que se desprendía de un cuerpo muy bien dotado por la naturaleza.

—Me parece mucho mejor la observadora —contestó, volviéndose para mirarla a los ojos, a menos de dos pasos de distancia.

Nina sonreía pero su semblante expresaba seriedad. Hunt dio otro paso, rodeó su cintura con los brazos y la besó larga y cálidamente.

Ella se estremeció. Los labios del joven bajaron de la boca al cuello. Nina gimió, dejándose llevar por la pasión. De pronto, ella misma buscó la boca de su visitante y empezó a besarle con ardor no disimulado.

—Esto acabará mal —sonrió él, cuando se tomaba un respiro, para recobrar el aliento.

—Al contrario, creo que acabará muy bien —suspiró Nina. Y ella misma le empujó hacia la cama que había a pocos pasos de distancia.

CAPÍTULO X

Nina abrió la puerta y entró con una bandeja en las manos. Hunt estaba sentado en la cama y se puso en pie al verla.

—Es la forma más agradable de entretener la espera —dijo, a la vez que le quitaba la bandeja—. ¿Cómo podré pagar lo que estás haciendo por mí?

Ella alargó el cuello y le besó en los labios.

—Estoy pagada —contestó—. Por cierto, hay alguien más que espera reunirse con la dama de negro, Terry.

Las cejas del joven se levantaron en un gesto de sorpresa.

—Se llama Chain —añadió Nina—. No es la primera vez que se entrevista con la mujer de negro.

—¿Conocías a Chain? —preguntó él, atónito.

—No, pero oí su nombre cuando se despedían la última vez que se encontraron aquí.

Chain vino antes que Throgmorton y se marchó sin que éste lo viese.

Hunt tenía apetito, pero se olvidó en el acto de la comida que había en la bandeja.

—¿Dónde está Chain? —preguntó.

Nina señaló la ranura.

—Cuarta mesa, según se entra, a mano izquierda —indicó.

Hunt se acercó a la pared. Sí, allí estaba el gerente de Raffer... Pero ¿a qué diablos había venido?, se preguntó, desconcertado.

—Hay otro con él, aunque no está en la misma mesa —continuó Nina—. Entraron juntos, pero se separaron en el acto. El otro está en la barra. Es el tipo delgado, que está cerca de la puerta.

Hunt cambió la dirección de su mirada y, en el acto, lanzó una exclamación de asombro.

—¡El, es él!

—¿Quién? —preguntó Nina, muy sorprendida.

Hunt se mordió los labios. Había visto aquella cara en una ocasión y no la olvidaría jamás.

—El hombre que mató a Parrington —repuso.

—Un asesino...

—Profesional, diría yo. Es más, sospecho, incluso, que pudo ser el mismo que mató a Raffer.

—Ese hombre... en mi casa... —Se asustó Nina—. Terry, yo no estoy acostumbrada a ciertas cosas...

—No temas, sólo han elegido tú, local, porque es un sitio discreto y, desde luego, yo no voy a mencionar jamás que he estado aquí ni lo que he visto. Compórtate con toda normalidad y no sospecharán de ti; así evitarás problemas, ¿entendido?

—Descuida. Terry; yo también seré muda como una tumba.

Mientras contemplaba al sujeto sentado en un taburete, en la barra, Hunt se preguntó por la forma de tenderle una trampa, a fin de conseguir que confesara haber sido el asesino de Parrington.

—Mejor aún —dijo entre dientes—. Debe decir quién le ordenó cometer el crimen.

De pronto, notó que Nina le tocaba en un hombro.

—Terry, si quieres... Yo tengo un amigo, un buen detective... Puedo pedirle que siga al tipo que ha venido con Chain...

Hunt se volvió hacia ella.

—Hazlo —dijo—. Yo correré con todos los gastos.

Nina asintió y salió de la habitación, para volver a los pocos momentos.

—Ya está. Vendrá antes de diez minutos —declaró.

Hunt asintió y volvió al observatorio. Un hombre entró poco después y se sentó con aire indiferente junto al asesino. Apenas cinco minutos más tarde, hizo su aparición una mujer totalmente vestida de negro.

Los ojos de Hunt captaron la imagen de la sortija con el rubí y la pulsera y el colgante.

Parecía una mujer muy atractiva, pero torció el gesto al verla.

—Si viniese completamente desnuda, llamaría menos la atención —rezongó.

—Puedes estar seguro de ello —rió Nina—. Bien, sigue aquí todo el tiempo que quieras; yo debo atender a la gente. Avísame cuando vayas a marcharte, para despedirme de ti.

Hunt se volvió y la besó largamente en la boca. —Será una despedida maravillosa— aseguró.

Por la mañana, al día siguiente, llamó a la puerta del apartamento de Alma La joven se sintió pasmada al verle llegar cargado con un montón de paquetes.

—Tengo el frigorífico bien provisto —dijo.

—Esto no es comida, pequeña. Instrumentos de trabajo.

Ella arqueó las cejas.

—¿Sí?

—Dijiste que podía montar un pequeño laboratorio en tu casa. Tengo que positivar unos negativos, ¿lo recuerdas?

—Es verdad. Puedo ayudarte, si lo deseas.

—Por supuesto.

Hunt descargó los paquetes. Luego miró a la muchacha.

—Alma hoy es lunes. Mañana debes asistir a la lectura del testamento, ¿no es así?

—Cierto.

—Bien, yo iré contigo, aunque no entraré en el despacho del abogado. ¿Qué bolso piensas llevar?

—No he pensado nada aún...

—Conviene que lo elijas ahora.

Alma fue a su dormitorio y volvió a poco con un bolso de aspecto discreto. Hunt lo examinó unos momentos y luego la miró fijamente.

—Te lo voy a estropear un poco —sonrió—. Dame unas tijeras, por favor.

Ella obedeció, muy intrigada, sin comprender las intenciones del joven. Hunt trabajó durante unos minutos y, al terminar, metió algo en el bolso y lo devolvió a su dueña.

—Es un pequeño transmisor de radio —explicó—. Te enseñaré dónde tiene el interruptor de conexión y desconexión, para que lo utilices en el momento en que empiece la lectura del testamento.

—Ah, quieres oír lo que se dice en el despacho del abogado... —sonrió la joven—. Soy un condenado fisgón —repuso él jovialmente—. Y ahora, por favor, si me indicas dónde puedo montar el laboratorio...

Hunt se enfrascó en su trabajo, totalmente, ausentándose de cuanto le rodeaba. Preparó todo y, cuando ya se disponía a iniciar

la labor de positivado, oyó unos nudillos en la puerta de la estancia adecuada como laboratorio.

—Terry, al teléfono —dijo Alma, desde el otro lado.

—Voy ahora mismo —contestó él.

Limpiándose las manos con un paño, salió fuera y se encaminó a la sala. Levantó el aparato y pronunció su nombre:

—Hunt.

—Terry, soy Nina Watson. Tengo un nombre y una dirección para ti.

—Estupendo. Aguarda un instante, buscaré el papel y lápiz...

Alma le oyó y le tendió lo que pedía.

—Adelante, Nina.

—Nicky Udenn, calle Sparkhom, mil setecientos treinta y dos.

Hunt escribió rápidamente y dejó el lápiz a un lado.

—Gracias, Nina. Pásame la factura de tu detective, ¿entendido?

—Ven a pagarme tú cuando quieras —rió la mujer. Hunt colgó el teléfono. Luego se volvió hacia Alma.

—Tengo que salir. No sé cuándo volveré —dijo.

—¿Quieres que te acompañe?

El joven hizo un gesto negativo.

—Puede resultar peligroso —manifestó.

—Al menos, me gustaría saber a quién vas a ver... ya que no quieres decirme quién es la mujer que te ha llamado.

—Ella es una buena amiga. El es... el asesino de Parrington.

Antes de que Alma, estupefacta, pudiera decir una sola palabra, se había quedado sola en la casa.

Llamó a la puerta y esperó unos momentos con más tranquilidad de la que se hubiera supuesto capaz sólo un par de semanas antes. Luego oyó ruido de cerrojos y se preparó para actuar.

La puerta se abrió al fin. Un hombre apareció en el umbral y le miró con ojos de pasmo.

—Sí, estoy vivo —sonrió Hunt, a la vez que disparaba el puño derecho con todas sus fuerzas.

Nicky Udenn cayó de espaldas, con los pies por alto. Hunt entró, cerró la puerta e, inclinándose sobre el sujeto, le desposeyó de un revólver de seis tiros y cañón muy corto.

El silenciador del arma estaba en otro bolsillo.

—Esto probará que te cargaste a Parrington y tal vez a Raffer —

dijo entre dientes.

Udenn se agitaba débilmente, no del todo inconsciente, pero sin fuerzas para reaccionar. Hunt arrancó los cordones de unas cortinas y lo ató sólidamente. Luego se puso a registrar el apartamento, aunque hartó sabía que no iba a encontrar nada interesante. Ciertos negocios, pensó, se concertaban solamente de palabra.

Pasado un buen rato, regresó a la sala. Udenn había recobrado ya el conocimiento y le dirigió una mirada cargada de odio.

—Te costará caro —barbotó. Hunt se echó a reír.

—No estás en condiciones de amenazar —dijo—. ¿Quién te pagó por matar a Parrington?

Udenn le escupió a la cara. Hunt apenas si pudo esquivar el salivazo.

—No soy un chivato —contestó el pistolero.

—¿Dirás eso cuando tengas canas en el pelo, después de treinta años en un penal?

Udenn sonrió despectivamente.

—¿Cree que me condenarán? No hay pruebas...

—Luego mataste a Parrington.

—No admitiré nada, bastardo.

Hunt señaló el revólver que estaba a corta distancia.

—La policía identificará el arma que sirvió para matar a Raffer. Te lo ordenó Chain, ¿verdad?

El asesino guardó silencio repentinamente. Hunt se dio cuenta de que su acusación era certera.

—Es suficiente —dijo el joven como despedida.

Al quedarse solo, Udenn empezó a forcejear, para quitarse los nudos de las cuerdas. Pero Hunt había hecho bien los nudos y pronto pudo darse cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos.

Apenas había transcurrido un minuto, se abrió la puerta. Udenn miró al recién llegado y lanzó un rugido de alegría.

—¡Slim, suéltame! Rápido, la policía llegará muy pronto...

Chain dio un respingo al verle en aquella situación.

—¿Qué te ha pasado, Nicky?

—El resucitado... Ese maldito Hunt... Vino aquí, me sorprendió, me atontó de un puñetazo... Cuando desperté, me encontré como me ves... ¡Por todos los diablos, suéltame ya Slim! —gritó Udenn crispadamente.

—De modo que Hunt ha estado aquí —dijo Chain.

—Sí, maldita sea...

—Y te ha obligado a hablar...

—¿Por quién me has tomado? —vociferó el pistolero—. ¡Yo no soy un soplón! ¿Me oyes?

—Pero él sabe que tú...

—Sí, es verdad. No sé quién se lo habrá dicho, pero lo sabe. Slim, por lo que más quieras; si la policía llega aquí, encontrarán mi revólver...

—Es curioso —murmuró Chain—. Y yo que había venido a verte precisamente, para que te encargases de Hunt... Y esta vez, claro, sin «resurrección» posible.

Chain movió la cabeza con aire apesadumbrado.

—Cuánto lo siento, Nicky —añadió.

El pistolero se estremeció.

—Eh, ¿qué diablos quieres decir? ¿Por qué no me sueltas, Slim?

Chain no contestó. Estaba muy ocupado recogiendo el revólver que Hunt había tirado a un lado.

El silenciador estaba sobre una mesita y lo enroscó sin prisas, como disfrutando con el pánico que se reflejaba en los ojos del asesino.

—Lo siento, Nicky —repitió—. Pero eres ya un hombre «quemado». Tú lo comprendes, ¿verdad?

Udenn empezó a gritar, pero la bala cortó su voz al atravesarle la garganta. Dada su posición, el proyectil, entrando oblicuamente, alcanzó el cerebro y sus movimientos cesaron instantáneamente.

Con enorme tranquilidad, Chain limpió sus huellas dactilares y luego dejó el revólver en el suelo. Podía comprometerle si se lo encontraban encima, pensó, mientras cerraba cuidadosamente la puerta del apartamento.

CAPÍTULO XI

Hunt positivo los negativos y se quedó sin aliento al conocer los resultados de su labor. La hora era ya muy avanzada y Alma se había ido a dormir a su alcoba, por lo que no quiso decirle nada.

—Y no se lo diré tampoco hasta que haya terminado la lectura del testamento —decidió.

Durmió en la habitación de huéspedes, mejor de lo que habría esperado. Al día siguiente, tras el desayuno, en compañía de la muchacha, dijo que iba a hacer una prueba.

—Estaré abajo, en tu coche. Pon el bolso sobre tus rodillas, como si estuvieses oyendo al abogado que lee el testamento. Luego di cualquier cosa. Cuando bajes, sabrás si el aparato funciona.

Alma hizo un gesto de aquiescencia. Hunt bajó a la calle, se sentó en el coche y conectó el receptor, provisto de un auricular que se insertaba en el hueco de la oreja.

A los pocos segundos, oyó con toda claridad la voz de la joven:

—Eres un perfecto caballero, Terry, aunque he de decirle la verdad, anoche hubiera querido que llamasen a la puerta de mi dormitorio...

Hunt se quedó estupefacto. Alma apareció a poco y se sentó a su lado, sonriendo de una forma especial.

—Era sólo una prueba —dijo—. No lo tomes como expresión de la verdad; yo soy una chica muy decente.

—Eso será ahora —contestó él—. Hubo un tiempo en que no lo eras.

—Estoy arrepentida. Una tiene derecho a rectificar los errores, supongo.

—Será mejor que dejemos a un lado tema tan vidrioso. La recepción era buena, desde luego.

—Lo celebro, pero, dime, ¿qué esperas sacar de la escucha?

—Posiblemente, se producirán comentarios. Quiero oírlos

directamente.

—No seré yo quien los haga, aunque si agradeceré que Parrington se haya acordado de mí.

—¿Quiénes asisten a la lectura? ¿Lo sabes?

Alma se encogió de hombros.

—La viuda, es lógico; luego Shiloh, el hombre de confianza...

—¿Sigue siéndolo de Victoria Parrington?

—Me imagino que sí. Ella necesita quien dirija los negocios de su difunta esposa. También Parrington lo habrá citado en el testamento.

—¿Alguien más?

—La servidumbre, supongo... Creo que tenía parientes en alguna parte, pero como nunca mencionó nada de esto en mi presencia, no lo puedo asegurar.

—Está bien. La recepción ha sido excelente. No te olvides de conectar el transmisor apenas estén reunidos todos los citados en el testamento.

—No me olvidaré, te lo aseguro.

Minutos más tarde, Hunt detenía el coche en las inmediaciones del edificio donde el abogado de Parrington tenía su despacho. Hunt se situó en un lugar discreto y se dispuso a esperar.

Transcurrió un cuarto de hora. De pronto, empezó a oír voces a través del auricular conectado al receptor que tenía en uno de los bolsillos de su chaqueta.

El primero en hablar fue el abogado. Hunt percibió un carraspeo. Luego oyó:

—Señoras y caballeros, voy a proceder a leer la última voluntad del difunto Struthers P. Parrington. Mientras tanto, les ruego un absoluto silencio; después, podrán formular todas las preguntas y solicitar las aclaraciones que estimen pertinentes. Una última advertencia, por favor: el testamento será ejecutivo, con o sin objeciones, a partir del instante en que finalice la lectura. Espero haberme expresado con la suficiente claridad para que no queden dudas sobre el acto que va a tener lugar a continuación.

En aquel instante, un coche pasó a marcha lenta por delante del que ocupaba Hunt. El conductor tenía la vista fija en el edificio y no reparó en el joven. Hunt, por su parte, se encogió en el asiento; no le convenía que Throgmorton reparase en su presencia en aquellos

parajes.

La voz del abogado llegó nuevamente a oídos de Hunt:

—... y por el presente testamento, nombro heredera universal de todos mis bienes a mi amada esposa Victoria, nacida en Leans, con las excepciones y mandas que se citarán seguidamente y que ella cuidará de que sean realizadas de acuerdo con mis deseos...

Hunt oyó algunos murmullos. Luego, el abogado citó unos cuantos nombres hasta llegar al de Alma Keale:

—... y a la señorita Keale, por su competencia y lealtad a mi servicio, así como por sus dotes personales, lego la suma de treinta mil dólares, que mi heredera universal le entregará antes de veinticuatro horas de la lectura de este testamento...

—Treinta mil dólares —murmuró Hunt—. No está mal, ¿quién los pillara?

El abogado citó algunos detalles más, varios cuadros y objetos de arte valiosos, algunos de los cuales irían a parar a un museo, y luego declaró finalizada la lectura del testamento.

—¿Alguna pregunta, señoras y caballeros?

Hunt oyó la voz de la señora Parrington:

—Abogado, ¿cuándo he de proceder a la entrega de las cantidades en metálico que mi difunto esposo asignó a diversas personas?

—Antes de mañana a mediodía, señora. Cuando hayamos terminado este acto, me ocuparé de legalizar su firma, para que pueda disponer de las diversas cuentas en los Bancos. Ahora mismo, si lo desea, puede empezar a firmar cheques...

—Sí, es lo que haré, apenas llegue a casa —contestó Victoria—. Muchas gracias, abogado. Señorita Keale...

—¿Sí, señora Parrington? —contestó la muchacha, sorprendida, apreció Hunt, porque la viuda no le había dirigido la palabra un solo instante.

—Le agradeceré venga conmigo a mi casa. Le pagaré los treinta mil dólares inmediatamente; de este modo, quedará cortada definitivamente toda relación entre usted y el apellido Parrington.

—Es usted muy amable, señora.

—Me limito a cumplir la última voluntad de mi difunto esposo. De otro modo, créame, no vería usted un centavo de su fortuna.

Hunt contuvo el aliento. «¿Qué le contestará Alma ahora?», se

preguntó.

Pero la joven se mantuvo dignamente en un tono mesurado y discreto.

—No recibiré nada que su esposo no me hubiera dejado por su libre y soberana voluntad, y sin que mediase la menor presión por mi parte... «en ningún sentido» —subrayó Alma de forma significativamente.

—¡Ja, ja! —dijo Victoria Parrington, pero ya— no hubo más comentarios, salvo unas últimas palabras de la viuda: —Estaré en mi casa dentro de una hora y allí tendré el gusto de atenderla y despedirme de usted para siempre— finalizó.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Alma, cuando ya estaba de nuevo sentada junto al joven.

—Te has portado con absoluta dignidad. Ella tendrá mucho dinero, pero es una cualquiera —respondió Hunt.

—Gracias, Terry. De verdad te lo digo; después de la rociada que me soltó esa mujer, me daban ganas de rechazar los treinta mil...

—Ni se te ocurra. Parrington te los dejó con toda sinceridad. A la viuda le habría gustado muchísimo ver que no querías ese dinero, sólo por el placer de perjudicarte. Acepta el cheque y desecha tus escrúpulos.

—De acuerdo, Terry, pero ¿qué le he hecho yo a la señora Parrington? Siempre me porté correctamente con ella; jamás hubo nada entre su esposo y yo... Nunca me insinué a Parrington ni di pie para que nadie pensara mal, te lo aseguro.

—Hay un par de fotografías tuyas con él, en traje de baño, en la piscina de la casa.

—Es cierto, pero hacía mucho calor y él mismo me sugirió que podía darme un baño. Después, charlamos un poco, de temas intrascendentes... Cuando se sentía de buen humor, era un hombre estupendo. Incluso contaba chistes, cosa que no solía hacer a menudo...

—La señora Parrington cree que fuiste su amante y se siente desechada.

—El estaba locamente enamorado de su mujer. ¿Cómo se comprende, si no, que la nombrase heredera universal?

—Es lo lógico, ¿no?

—Habría que preguntarle a Shiloh, Terry.

—¿Supones tú que ella y Shiloh...?

—No pondría yo la mano en el fuego por la inocencia de la viuda en este sentido.

—Bueno, si es así, Shiloh se le ha presentado ahora la ocasión de su vida —dijo Hunt.

—Y no la desaprovechará, tenlo por seguro.

—Es de suponer. Alma, encanto, cuando entres en la casa de Parrington, no olvides conectar otra vez el transmisor.

—Ahora quieres fisgonear el diálogo entre dos mujeres, una de ellas celosa sin fundamento —sonrió la joven.

—Pero no lo grabaré, descuida —contestó él alegremente.

Alma se despidió del joven y cruzó la verja del jardín. A los pocos momentos, Hunt oyó la voz del mayordomo que la recibía afablemente. Alma dijo que ya no volvería por aquella casa y el hombre lo lamentó con sinceridad.

Luego dijo:

—Avisaré inmediatamente a la señora Parrington. Está en su gabinete con el señor Shiloh...

—Gracias, Berry.

Durante unos minutos, Hunt no percibió más que silencio. Al cabo de un rato, sorprendentemente, oyó una voz un tanto chillona que no era, desde luego, la de Alma:

—Celebro que hayas terminado de pasar esas cuentas, Rossiter —dijo la viuda—. Está todo en orden, supongo. —No falta un centavo, querida...

—Por favor, no me des ese tratamiento —cortó ella fríamente—. Rossiter, estás despedido. Sal de esta casa y no pongas los pies en ella más en todos los días de tu vida. Hunt se quedó pasmado. ¿Cómo podía captar el diálogo entre la viuda y el que hasta entonces había sido su hombre de confianza?

—Pero, Victoria...

—Hemos terminado, Rossiter —dijo la señora Parrington—. He decidido que tú no eres el hombre apropiado para dirigir mis negocios, eso es todo. Mi esposo te dejó cincuenta mil dólares en el testamento. Ya he firmado el cheque.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Victoria añadió:

—Berry, el señor Shiloh se marcha.

—Bien, señora —contestó el mayordomo.

—Haga pasar a continuación a la señorita Keale.

—Sí, señora.

Transcurrieron unos segundos. Hunt percibió de nuevo la estridente voz de la viuda:

—Su cheque, señorita. Vea si está conforme la cifra y márchese ahora mismo.

—Conforme —dijo Alma muy pronto—. Adiós, señora Parrington.

En aquel momento, Hunt vio salir a Shiloh de la casa. El despedido individuo caminaba a grandes zancadas. Evidentemente, la decisión de la viuda le había pillado por sorpresa y no había acertado a reaccionar adecuadamente, aparte de que no podía objetar en absoluto tal decisión.

Alma salió poco más tarde. Shiloh se había marchado en su coche y, presintió Hunt, era un hombre que había dejado de tomar parte definitivamente en la representación. —Quizá cometió el error de subir muy alto y creerse imprescindible— dijo cuando la muchacha estaba ya a su lado. —¿Te refieres a Shiloh?

—Sí, desde luego.

—Tenían la puerta entreabierta. Acerqué el bolso para que oyeran lo que hablaban.

—Chica lista —sonrió Hunt.

—Muy bien, ya tengo los treinta mil dólares. Ahora, vámonos...

Hunt levantó la mano.

—Quieta —contradijo—. Vamos a esperar.

—¿A quién? —se sorprendió Alma.

—Simplemente, al sustituto de Shiloh... Sustituto, incluso, en determinados asuntos que el recién destituido gerente no tocó siquiera.

—No entiendo —dijo ella, desconcertada.

—Paciencia, ya lo verás. O yo me equivoco de medio a medio o el sustituto ha sido llamado ya por teléfono y llegará dentro de muy poco tiempo.

Minutos más tarde, empezaron a salir sirvientes de la casa, incluido el mayordomo.

—La viuda les ha dado fiesta —adivinó Hunt—. No quiere que la primera entrevista con el sustituto de Shiloh se celebre en público. Pero nosotros, tú y yo, sí vamos a estar presente en esa entrevista.

—¿Hablas en serio? —exclamó Alma, cada vez más sorprendida.

—Por completo. Esto no es cosa de broma, pequeña. Hunt pensó en la noticia que había leído en los periódicos aquella mañana. Nicky Udenn había aparecido muerto a tiros, atado de pies y manos, y la policía suponía que se trataba de un ajuste de cuentas entre hampones.

—Alguien llegó antes de que yo diera el aviso por teléfono —murmuró.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—No, nada, hablaba conmigo mismo —sonrió el joven—. Alma, preciosidad; allí veo un puesto móvil de hamburguesas y refrescos. Tráete dos raciones para entretener la espera. Ella salió del coche y volvió a poco con dos bocadillos y otros tantos refrescos.

Comieron y bebieron en silencio y, al terminar, Alma manifestó su impaciencia.

—Parece que tarda más de lo previsto —dijo.

—Estará ultimando detalles... Ah, ahí viene —exclamó Hunt súbitamente.

Un automóvil llegó, rodando muy despacio, y enfiló el sendero que conducía directamente a la mansión. Cuando su ocupante hubo desaparecido en el interior, Hunt abrió la portezuela del coche y se apeó tendiendo luego la mano a la joven.

—Alma preciosidad, vamos a presenciar el último acto de la representación —dijo.

CAPÍTULO XII

Discretamente, evitando en todo momento hacerse visibles, cruzaron la verja y se acercaron a la casa, pero dando un rodeo, a fin de no llegar directamente. Alma se sentía terriblemente aprensiva, porque el joven actuaba con todo descaro.

—Puede costarnos un disgusto. Estamos en casa ajena, sin permiso del dueño...

—La dueña tiene que hacer cosas más importantes que denunciar a dos intrusos —contestó él.

Hunt rodeó la casa por completo, a fin de entrar por la puerta de servicio. Alma le orientó hasta llegar a la puerta de un saloncito íntimo, a través del cual se percibían risas y voces jubilosas.

El joven cambió una mirada con Alma.

—Lo están celebrando —sonrió Hunt.

—Ella no demuestra ser precisamente una viuda afligida —comentó la muchacha.

—Nunca lo fue, Alma.

—Sí, ahora lo estoy viendo. No fue digna del amor de su esposo... pero ¿por qué habrá despedido a Shiloh? Era un hombre competitísimo...

—Antipático, odioso en ocasiones, pero extremadamente fiel a su amo. Eso es algo que no le convenía a la viuda; Shiloh era un perro de presa, que no habría permitido que ella hiciera y deshiciera a su antojo. Lo sabía perfectamente y por eso lo despidió. Si Shiloh hubiera sido más acomodaticio, el despido no se habría producido.

—Comprendo. Shiloh hubiera continuado en el mismo puesto, aunque ya sin poder objetar las decisiones del nuevo gerente general.

—Exactamente.

Hunt abrió ligeramente la puerta. La viuda y su acompañante no

parecían haberse dado cuenta de que estaban siendo escuchados por oídos ajenos.

—¿Y ahora? —dijo ella.

—Nada que temer —contestó el hombre—. Todo está perfectamente organizado. No hay pruebas, querida.

—En resumen fue un plan perfecto.

—¿Lo dudas?

Escandalizada, Alma oyó el chasquido de un beso.

—No, no lo dudo —dijo la viuda—. Pero ¿qué haremos ahora?

—Es bien sencillo: tú me otorgarás plenos poderes y yo dirigiré las empresas. Y dentro de un año, más o menos, transcurrido un plazo prudencial, te convertirás en la señora Throgmorton.

Alma se puso una mano en la boca y miró al joven con ojos muy abiertos. Hunt movió la cabeza varias veces.

—Sí, es él, mi antiguo jefe —confirmó.

Y, bruscamente, sorprendiendo a Alma, tocó con los nudillos en la puerta, empujándola ligeramente a continuación.

—¿Molestamos? —preguntó con exquisita cortesía.

La señora Parrington y su acompañante estaban estrechamente abrazados y se separaron en el acto apenas oyeron la voz del joven. En los ojos de Throgmorton apareció una llamarada de cólera.

—¡Hunt! ¿Qué demonios hace usted aquí? —barbotó.

Sin dejar de sonreír, el joven avanzó unos pasos y depositó sobre una mesa unas cuantas fotografías.

—Seguramente, las han estado buscando con todo interés, pero no consiguieron encontrarlas —dijo.

Victoria lanzó una mirada a las fotografías y emitió un gemido de terror, a la vez que palidecía espantosamente.

—¡Rómpelas, rómpelas! —gritó Throgmorton.

El sujeto se apoderó de las cartulinas. Hunt le detuvo con un ademán.

—Es inútil. Poseo los negativos y puedo reproducirlas cuantas veces quiera —manifestó.

Throgmorton reaccionó y dio un paso hacia el joven.

—Está visto que quiere dinero. ¿Cuánto?

Hunt meneó la cabeza negativamente.

—Ni un centavo —rechazó la proposición—. Sólo quiero que alguien de la policía vea estas fotografías. La señora Parrington

aparece, como usted, completamente desnuda, pero era el final del verano y se notaban las marcas blancas que había dejado en su piel el «dos piezas» que solía usar para bañarse. Estamos en primavera, de modo que se sabrá indudablemente que la relación entre ambos existía ya mucho antes del asesinato del señor Parrington.

—Tomaron estas fotografías sin nuestro permiso —rugió el hombre.

—Lo sé. El autor era un vividor, un chantajista ya muerto. Yo las encontré en su apartamento, junto con otras, que he destruido, porque no tenían interés en este caso. Pero ahora la policía empezará a investigar y llegará a una conclusión irrefutable: ustedes planearon el asesinato de Parrington y, aunque otros lo ejecutaron, son tan culpables como el hombre que apretó el gatillo.

Victoria estaba palidísima y parecía a punto de desmayarse. Con una mano apoyada en una mesa, dijo:

—Bernie, ofrécele dinero. Todo el que te pida, no regatees en absoluto, pero consigue esos negativos... Pídele que calle, que no diga nada... Los ojos de Throgmorton se clavaron en el rostro del joven.

—Ya ha oído a la señora Parrington. ¿Cuánto quiere? Podemos ofrecerle más de lo que se imagina...

Hunt meneó lentamente la cabeza.

—No —contestó con firme acento—. Ni un centavo.

—Pero ¿por qué? No sea obstinado, hombre...

—Verá, señor Throgmorton... Cuando usted me acusó de aquella estafa y me puso de patitas en la calle, lo que sucedió es que ya había pensado en mí como el hombre apropiado para llevar a cabo sus planes. Al cabo de un tiempo, como había calculado, yo estaba poco menos que desesperado por mi situación. Y entonces, amigos suyos me llevaron a cierto lugar, donde usted mismo me propuso matar a Parrington. Pero otro se había encargado ya del crimen, que luego pensaban achacarme a mí, mediante la bomba que alguien puso en el coche que usted me regaló tan generosamente.

«Parrington —continuó el joven—, era, por otra parte, un hombre estupendo en todos los sentidos. Tal vez, como suele decirse, y aunque estaba locamente enamorado de su esposa, la ataba corto, pero no merecía morir de semejante manera. Es eso lo que no puedo perdonar, y tanto usted como la viuda tendrán que

pagar por lo que hicieron, sin contar con otros asesinatos de personajes implicados en el caso, que olfatearon un magnífico botín y elevaron sus pretensiones. Podríamos mencionar a Ryle, el autor de las fotografías, quien murió en mi lugar, Dutt Kerrman, Sangton, Raffer... pero, en cierto modo, son personajes secundarios. Ustedes son los actores principales del drama y deberán representar en un presidio el acto final».

Hunt se detuvo un instante para tomar aliento. Throgmorton hizo un esfuerzo para hablar.

—¿Cómo ha llegado a saber...?

Hunt señaló las fotografías.

—Usted se entrevistaba en cierto local con una dama enlutada, que no tuvo la precaución de quitarse un anillo con un rubí en ningún momento. En la fotografía no aparece la pulsera con el colgante, pero sí la sortija que ahora mismo lleva puesta en su dedo.

Victoria escondió rápidamente la mano, en un gesto instintivo de defensa. Era una acción pueril para no enseñar algo que ya no se podía ocultar.

—Por otra parte, señor Throgmorton —añadió el joven—, sus negocios no marchan precisamente viento en popa, y recuerde que yo sé algo de ello. Fue por dicha razón por la que me despidió, para evitar que yo me diese cuenta de algunas trampas en los libros, pero, por lo mismo, quiso readmitirme, a fin de tenerme seguro a su lado y poder controlarme, para, en el momento en que lo estimase más conveniente, quitarme de en medio y esta vez sin fallos inoportunos.

—Ahora tenemos dinero —insistió Throgmorton—. Pida lo que sea y se lo daremos...

—No se moleste; aunque me ofrecieran toda la fortuna de Parrington, la rechazaría también. Todo el dinero del mundo no vale lo que un sueño tranquilo, sin temor a que la policía llame a la puerta en cualquier momento o a que alguien descubra las trampas que pueden llevarle a uno a la cárcel.

Victoria hizo un esfuerzo y adelantó un paso.

—Entonces, ¿qué piensa hacer? ¿Denunciarnos a la policía? —preguntó—. Las pruebas que usted aduce son demasiado poco consistentes.

—Recibirán las fotografías; en realidad, ya les he enviado un

juego. Empezarán a investigar; de las relaciones de Throgmorton con determinados elementos del hampa... Por cierto, La Copa de Rubí le pertenece en parte, ¿no es verdad, señor Throgmorton?

Abrumado, el sujeto no pudo hacer otra cosa que contestar con un movimiento afirmativo.

—Y un tal Chain, para salvar el pellejo, hablará por los codos cuando le interroguen...

—Acabo de oír mencionar mi nombre —sonó de pronto una voz bronca—. ¿Puedo conocer los motivos?

Hunt, sorprendido, empezó a volverse. Throgmorton lanzó un aullido de cólera:

—¡Slim, mátalos! ¡Mátalos a los dos!

Chain, desconcertado, vaciló un momento. Hunt le miró serenamente.

—Puede matarnos, en efecto —dijo—. Pero la policía investigará y, aunque Nicky Udenn murió con su propio revólver, se averiguará que las balas que encuentren en nuestros cuerpos, proceden de la misma arma que sirvió para matar a Sangton. Slim, ¿cuánto le prometieron por quitar de en medio a un hombre que pedía demasiado? Chain vaciló. Tenía el arma en la mano, pero parecía irresoluto, sin acertar a tomar una decisión.

—¡Mátalos, Slim! —aulló Throgmorton descompuestamente.

—Aquí... Llamaré a los muchachos y nos los llevaremos lejos... —contestó Chain, dubitativo.

Throgmorton, por el contrario, parecía enloquecido. De pronto, se arrojó sobre el recién llegado.

—Si no lo haces tú, lo haré yo —vociferó.

Throgmorton quiso quitar el revólver que Chain empuñaba con la mano derecha. El sujeto se resistió maquinalmente.

—Déjeme, maldita sea... ¿Se ha vuelto loco? Si los mata en esta casa, cometerá un disparat...

Repentinamente, sonó una detonación.

Los ojos de Throgmorton se dilataron horriblemente. Soltó la mano de Chain y retrocedió unos pasos, con una mueca de infinito dolor en su rostro.

Alma volvió la cabeza. Victoria se había metido los puños en la boca para no chillar. De pronto, Throgmorton emitió un atroz ronquido, giró en redondo y se desplomó al suelo de bruces.

Hunt se dio cuenta de que Chain parecía aturdido por algo que había sucedido de forma tan inesperada. No debía permitirle que reaccionase, se dijo.

El puño del joven se disparó con tremenda contundencia. Chain cayó sin sentido instantáneamente.

Abrumada, completamente desmoralizada, la señora Parrington se desplomó sobre una silla y rompió a llorar. Hunt la miró un instante, hizo un gesto de pesar y luego se acercó al teléfono.

Aquella misma tarde, Hunt llevó a Alma ante una oficina en donde se expedían determinados documentos. La joven se sorprendió un instante, pero acabó por aceptar poner su firma en el papel apropiado.

Luego miró a Hunt.

—¿Lo haces solamente para entrar en mi dormitorio? —preguntó.

—Querida, una licencia de matrimonio se pide por algo más... Se pide por un futuro en común —contestó él.

Alma sonrió.

—Me habrías decepcionado si hubieses contestado otra cosa —manifestó.

—Nunca te decepcionaré —aseguró él con gran vehemencia.

Un par de días más tarde, alguien llamó a la puerta. Hunt, estrechamente abrazado a su esposa, maldijo al inoportuno que venía a despertarle en lo mejor de su sueño.

—A ese tipo le voy a romper las narices... —masculló, mientras se ponía la bata. Alma curiosa, se levantó también. Al abrir, Hunt se llevó una enorme sorpresa.

—¡Señor Shiloh!

El visitante sonrió.

—Seguramente, no me esperaban —dijo.

—Es usted la última persona a quien esperábamos ver... y menos a estas horas —respondió Hunt.

—Disculpen las molestias. No pensé que...

—Nos casamos hace dos días —terció Alma.

—Y estamos en plena luna de miel, aquí, claro —sonrió el joven—. Aún tenemos que decidir dónde vamos a hacer un corto viaje, aunque eso es lo que menos importa por ahora... Pero tiene algo que decimos, supongo.

—Sí —convino Shiloh—. Verán, el asunto de la muerte de Parrington ha hecho mucho ruido. Confieso que yo mismo nunca llegué a pensar que la viuda estuviera involucrada en el caso, aunque ya conocía sus devaneos con Throgmorton. Y el señor Parrington también.

—¿De veras? —se asombró Alma—. Nunca me dijo nada...

—Yo lo supe casi la víspera de su muerte y me dijo que pese a estar enamorado de su mujer, iba a pedir el divorcio. Pero no tuvo tiempo de iniciar los trámites ni mucho menos de modificar el testamento.

—Ella lo sabía, sin duda.

—Sí, desde luego. Bueno, el resto ya lo saben ustedes...

Como cómplice del asesinato de su esposo, la viuda no puede ser heredera. El señor Parrington tenía una hermana, que será quien herede toda su fortuna. Ella me ha pedido que yo continúe en el puesto, dado que conozco los negocios, pero he pensado en que necesitaré colaboradores de confianza.

Shiloh sonrió a la vez que miraba alternativamente a los dos jóvenes.

—Vengan a verme cuando termine su luna de miel. Tengo trabajo para los dos concluyó.

Al quedar solos, Alma abrazó a su esposo.

—¿Qué te parece, querido? —preguntó.

—Hace algún tiempo, alguien pensó que necesitaba un asesino y cometió el mayor error de su vida —dijo el joven pensativamente—. Pero eso ya pertenece al pasado, cariño. —Sí, es ya pasado— concordó ella. —Pero ahora tenemos un futuro, ¿no crees? Pienso que deberíamos celebrarlo de alguna manera... ¿se te ocurre alguna idea, cariño?

De pronto Hunt levantó en brazos a su esposa y echó a andar hacia el dormitorio. —¡Sí, tengo una idea magnífica!— respondió.

FIN



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

